

# El Gran Duque de Alba

## Milicia y Política al servicio del Rey

*José Luis Sampedro Escolar*  
Academia de las Ciencias y las Artes Militares

7 de octubre de 2020

Ante todo, he de dar muy sinceramente las gracias a la Academia de Ciencias y Artes Militares por brindarme la ocasión de ocupar esta tribuna para acercarme una vez más a la egregia figura de don Fernando Álvarez de Toledo, el III duque de Alba de Tormes, lo cual siempre es motivo de orgullo, pues la proximidad a un personaje como este parece que confiere algo de su lustre a quienes se le acercan.

En 2007, quien hoy tiene el honor de hablarles, publicó un libro titulado *La casa de Alba, mil años de Historia y de leyendas*<sup>1</sup>, en el que, lógicamente, se dedicaba un capítulo al personaje que hoy concita nuestra atención. Allí, por supuesto, se enumeraban los títulos más destacables hasta el momento acerca del personaje, pero ese elenco ha de actualizarse, pues se han producido notables novedades en ese campo.

En esas mismas fechas, del 22 a 26 de octubre de 2007, se celebró en las localidades de Piedrahíta, El Barco de Avila y Alba de Tormes el Congreso *V Centenario del Nacimiento del III Duque de Alba, Fernando Alvarez de Toledo*, organizado por la Institución Gran Duque de Alba y las Diputaciones Provinciales de Ávila y Salamanca, cuyas actas, publicadas al año siguiente en un volumen coeditado por las corporaciones citadas, con más de setecientas páginas, aportan, en su mayoría, novedades notables en la investigación acerca del personaje.

La mejor biografía del III duque de Alba con la que contamos hasta la fecha es la de William S. Maltby<sup>2</sup>, publicada por la Universidad de California en 1983 y

---

<sup>1</sup> La Esfera de los libros, Madrid, 2007. También cabe mencionar, con la misma autoría, el artículo “En el V centenario del nacimiento del Gran Duque de Alba”, en *Ejército*, Nº. 801, 2007, pp. 96-101.

<sup>2</sup> William Saunders Maltby (Cleveland, Ohio, 23 de octubre de 1940) Doctor en Filosofía (1967), docente en las Universidades de Ohio y de St. Louis, Missouri. Aparte de la biografía del duque de Alba aquí meritada, es muy de destacar su obra, basada en su tesis doctoral, *The Black Legend in England: The development of anti-Spanish sentiment, 1558-1660*, Duke historical publications, Durham, Carolina del Norte, 1971.

varias veces reeditada –en 2007, una cuidada versión, por Atalanta, coincidiendo también con el V centenario del biografiado-, que nos ofrece una completa y ajustada panorámica de las fuentes, numerosísimas, en las que debemos beber para conocer a uno de los más importantes personajes de nuestra Historia, pero llega a una conclusión algo desalentadora: aun habiéndose conservado ingentes cantidades de documentos referentes a sus actuaciones políticas y diplomáticas y a sus campañas militares, carecemos de la documentación necesaria para conocer al personaje en sus facetas más íntimas, sus sentimientos personales, aunque se ha avanzado en ese camino con las investigaciones realizadas a raíz de la publicación del epistolario de don Fernando de Toledo, útil labor que realizó su sucesor, el XVII duque de Alba, en 1952, pero cubre un periodo escaso en verdad, ya que únicamente se refiere a los años que median entre 1568 y 1571. La historiadora María José Rodríguez Salgado, especialista acreditada en la época del personaje, hizo un notable esfuerzo para integrar esta laguna, cuyos resultados se encuentran en su ponencia presentada en el antes mencionado Congreso del V Centenario, de 2007.

Es obligado, ante todo, citar una obra colectiva acometida, y hemos de decirlo con un sentimiento entre la vergüenza y la culpabilidad, no en España, donde hubiese sido lo más lógico hacerlo, sino nada menos que en el lugar donde más inquina se ha cultivado durante siglos contra don Fernando Álvarez de Toledo, en los mismísimos Países Bajos, publicada por la Editorial Karwansaray en 2014 y titulada *Alba: General and Servant to the Crown*<sup>3</sup>, que fue recibida con muy justificada atención por la crítica especializada. *Low Countries Historical Review* (nº. 130) dijo...*this volume marks another significant milestone in the construction, not only of Alba's image in particular, but also that of the Spanish monarchy in the sixteenth century in general. It is a remarkable achievement with scholars from different countries and fields collaborating to give this more complete portrait of the third Duke of Alba, who still retains some part of his mythical aura.*

---

<sup>3</sup> “Alba: Statesman and Diplomat” (Dr. Henry Kamen, The United Kingdom) “Alba Cunctator?” (Dr. René Quatrefages, France); “The Duke of Alba in the Court of Charles V and Philip II” (Prof. José Martínez Millán, Spain); “The Duke of Alba: Governor of the Netherlands in Times of War” (Dr. Gustaaf Janssens, Belgium); “Alba and Religion” (Prof. Werner Thomas, Belgium); “The Manifestation of His Magnificence: The Third Duke of Alba and the Arts” (Prof. Rosemarie Mulcahy, Ireland); “The Third Duke of Alba: Collector and Patron of the Arts” (Dr. Almudena Pérez de Tudela, Spain); “Government and Administration of the House of Alba in the Sixteenth Century” (Prof. José Manuel Calderón Ortega, Spain); “The Duke of Alba in the Holy Roman Empire” (Prof. Friedrich Edelmayer, Austria); “Il Capo dei Capi: The Duke of Alba in Italy” (Prof. M.J. Rodríguez-Salgado, The United Kingdom); “The Duke of Alba and the Low Countries, 1520-73” (Dr. Raymond Fagel, the Netherlands); “Alba in Portugal: Conquest and Government, 1580-82” (Dr. Rafael Valladares, Spain); “Alba’s Reputation in the Early Modern Low Countries” (Prof. Judith Pollmann, the Netherlands and Dr. Monica Stensland, Norway); “Salamander of War, Venerable Old Nobleman: The Literary Construction of the Duke of Alba in the Spanish Golden Age” (Dr. Yolanda Rodríguez Pérez, the Netherlands); “Alba’s First Biographer: Juan Antonio de Vera y Figueroa, Count of La Roca, 1583-1658” (Dr. Maurits Ebben, the Netherlands).

Dos años después, en 2016, se produjo la reedición de un clásico: *Vida del gran duque de Alba*, de Gregorio Mayans y Siscar<sup>4</sup>, precedida de la correspondencia entre Mayans y el duque de Huéscar, editado por Antonio Mestre Sanchís y Pablo Pérez García en la valenciana Institució Alfons el Magnànim (Arxius i Documents).

No hemos de finalizar sin citar la notable aportación de Rubén Sáenz Abad, cuya tesis doctoral trata, no se pase por alto, sobre la poliorcética, el autor más actualizado sobre el III duque de Alba como guerrero, con una tetralogía publicada entre 2017 y 2018, que comienza con *Las Campañas del duque de Alba. De Fuenterrabía a Argel (1524-1541)* pasando por *Contra franceses y protestantes (la guerra total, 1542-1559)* y *Los Países Bajos*, y termina con *La Campaña de Portugal de 1580*.

En el campo de la divulgación seria, citamos a Juan Carlos Losada, autor de *Sangre y Honor*, novela histórica bien documentada, aunque, a nuestro juicio, demasiado negativa para con el protagonista, publicada en 2010.

## Introducción

Nos encontramos, desde luego, ante un personaje de una excepcional talla histórica y personal. Es conocido el hecho de que Felipe II encargó a El Greco una pintura representando el martirio de San Mauricio, pero, cuando el cuadro estuvo acabado, hacia 1582, el monarca decidió mantenerlo fuera de la contemplación del público, en sus apartamentos privados, y exponer al culto en la Basílica escurialense otro más clásico, obra de Cincinnato. El investigador británico John Bury<sup>5</sup> descifró gran parte del enigma que rodeaba a esta extraña reacción de la Católica Majestad de Felipe II: El Greco había representado sin rebozo en la obra a todo un elenco de personajes de primera fila del entorno del monarca, como Don Juan de Austria, los Duques de Parma y Saboya y el Rey Don Sebastián de Portugal. Junto a todos ellos, perfectamente reconocible, aparece Fernando de Toledo, el III duque de Alba. Aunque sea levemente, para empezar, reparemos en que el duque de Alba es el único retratado del que no se puede decir, en puridad, que sea de sangre regia, aunque por sus venas corriese sangre de reyes (precisamente esta circunstancia nos indica que, no sólo por su dignidad de Grande de España, sino, sobre todo, por su valía personal, se le parangonaba con los miembros y allegados de la dinastía reinante). El Greco no había representado únicamente las facciones de los personajes, sino que les atribuía sendos papeles en la escena, lo que los

---

<sup>4</sup> Gregorio Mayans y Siscar (Oliva, Valencia, 1699- Valencia, 1781), erudito, jurista, historiador, lingüista y polígrafo de la Ilustración, hermano mayor del célebre Juan Antonio Mayans (1718-1801).

<sup>5</sup> “El Martirio de San Mauricio y la Legión Tebea, obra de El Greco”, en *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, nº. 91, 1987, pp. 21.36.

convertía en *buenos y malos* —siempre al discutible juicio del pintor—, según su comportamiento no para con los mártires de la legión tebana, compañeros de San Mauricio, con quienes, evidentemente, no tuvieron trato alguno, sino como un reflejo de sus actitudes vitales o, cuando menos, políticas. Don Fernando interpretaba en la pintura, indiscutiblemente, un papel de *malo*. No nos importa ahora por qué el artista adoptaba esta actitud negativa frente al linajudo general, sino resaltar el mero hecho de que el duque de Alba figurase como tan destacado protagonista de la Corte de Felipe II.

Fernando de Toledo y Pimentel era hijo de don García, muerto prematuramente en combate en la isla de Gelves, y de doña Beatriz Pimentel. Sucedió a su abuelo, el II duque, y tomó parte en todas las grandes empresas de Carlos I y Felipe II, por lo que sus servicios cubren una buena parte del siglo XVI europeo. El III duque de Alba, también llamado *el Gran Duque*, estuvo siempre muy cerca de Felipe II, actuando desde la juventud del Rey como su mentor, y hasta fue el encargado de organizar el protocolo de la Casa del entonces Príncipe Felipe, siendo nombrado Mayordomo Real Este breve párrafo de la Historia de España compendiada nos ilustra acerca de la importancia del personaje, pero ¿cuáles eran las raíces de don Fernando?

### **Los antecedentes: don García, I duque de Alba**

Retrocedamos varias generaciones. El I duque de Alba fue don García de Toledo. Hijo y heredero del I conde de Alba. Nació hacia el año 1440. Fernán Pérez de Guzmán, en su obra *Generaciones y semblanzas*, dice de él que era *de mediana altura, la razón breve e corta, pero discreta e atentada, asaz gracioso en su decir*. Aunque ha dejado memoria de hombre ambicioso e inmoral, García tuvo dotes positivas como amante de las artes; no fue ajeno al Renacimiento, compuso letras para canciones, musicadas por un flamenco, Wrede, y llegó a poseer una selecta biblioteca.

No vamos a entrar ahora en la discusión acerca de la exacta conceptualización que en aquellos momentos debe otorgarse a la dignidad ducal, y que para quien estas líneas firma va mucho más allá de cualquier título de nobleza ordinario, pudiendo equipararla, con cuantas matizaciones se quiera, a la de Par de Francia o Inglaterra, a la de magnate de Hungría o a la posteriormente creada de Grande de España. Recordemos que durante generaciones se han usado expresiones como la de conde-duque de Benavente o de Olivares, o que el mismísimo III duque de Alba firmó como el *duque marqués*, aludiendo a su marquesado de Coria, al que pareciera otorgar más categoría que al condado de Alba de Tormes. Creemos conveniente llamar la atención sobre el documento de concesión de la dignidad ducal a don García, tomado de la transcripción que del mismo dan los señores Vaca y Bonilla: *E quiero que de aquí en adelante para en todos los días de vuestra vida vos llamedes e podades llamar, e nombrar e yntitular e*

*nombrades e yntitulades el duque don García. E sy quisieredes yntitularvos de lugar alguno, dovos licencia e facultad que vos intituledes e llamedes duque de cualquier ciudad e villa que vos tovieredes e poseyedes por vuestra.*

Es decir, en los primeros momentos nos encontramos ante el duque don García, conde de Alba de Tormes, señor de Valdecorneja, etc., y sólo pasado un tiempo su bisnieto comenzó a usar la denominación de duque de Alba de Tormes.

García vivió uno de los momentos más penosos de la Historia de Castilla, el reinado de Enrique IV, periodo de caos y anarquía. Sirvió eficazmente a este Rey, a cuyo lado se puso cuando fue destronado, en efígie, en la farsa de Ávila de 1465. Este hecho demostraba su fidelidad al Rey y le valió recibir del soberano distintas mercedes: en 1472, la villa de Coria, cuya denominación sirvió para elevarlo a la dignidad de marqués; además, el título de conde de Salvatierra de Tormes y, al poco tiempo, se vio aupado a la categoría de duque.

Dos años después falleció Enrique IV, y la mayoría de los grandes señores, previendo que Fernando e Isabel cercenarían su poder, se alinearon a favor de Doña Juana, *la Beltraneja*. Por el contrario, los más vinculados a los Reyes Católicos les prestaron su apoyo, como el almirante Enríquez, el Cardenal de España, el conde de Benavente y don García, el I duque de Alba, que de esta manera supo mantenerse en su privilegiada situación durante el reinado de estos monarcas, a quienes también prestó servicio en la batalla de Toro, destacando en esta victoria decisiva sobre la Beltraneja, lo que le supuso añadir a sus posesiones la de San Felices de los Gallegos.

Los Toledo podían permitirse alianzas matrimoniales, a veces endogámicas, con las primeras casas de Castilla, y García celebró brillantísimas nupcias con una pariente, María Enríquez de Quiñones, tía carnal de Fernando el Católico y por cuyas venas corría sangre de los Toledo, pues era bisnieta, por su madre, de don Fernán, el II señor de Valdecorneja. Esta dama lo convirtió en padre del que habría de ser el II duque de Alba, don Fadrique, que resultaba, por tanto, primo hermano del monarca aragonés, como hijos que eran ambos de dos hermanas Enríquez.

García extendió el poder de su familia desde la sierra de Gredos al valle del Tormes, alargándose por Extremadura y logrando la posesión de Coria, que se le ratificó en 1472, al mismo tiempo que se le elevaba a la condición ducal, a cambio de renunciar a los avances conseguidos en tierras toledanas. Estos señoríos le producían rentas por la jurisdicción, por el paso, por el uso de los pastos y por la celebración de mercados y ferias. El Barco de Ávila, junto a Valdecorneja, nos recuerda que el paso en barca por el Tormes, con el correspondiente pago, era uno de los privilegios de los Toledo desde el siglo XIV. Junto a ellos, los beneficios derivados del paso de los mesteros con sus rebaños

y pastores, rabadanes y gente armada. Cuando en 1369 García de Toledo recibe los señoríos de Valdecorneja y Oropesa, le supondrán una renta anual de 50.000 maravedíes. A ello se unen los gajes como mayordomo de la Reina. Los beneficios adquiridos se reinvierten, y con ellos adquiere por compra los lugares de Bohoyo, Navamediana y Navamorado. Para 1447, nos recuerda Luis Suárez, el conde de Alba, además de sus rentas, cobra anualmente un millón de maravedíes de la Cámara Real.

Otro dato demostrativo del aprecio de los Reyes Católicos al I duque de Alba. Entre 1477 y 1478, le otorgan cartas de merced para fletar naves que comercien en la zona de Guinea, sustituyendo el papel desempeñado hasta entonces en la zona por los portugueses. El duque de Alba y Beatriz de Bobadilla podían comerciar con el oro, la madera y los esclavos de Guinea, trocándolos por géneros de la Península, siempre y cuando no fuesen trigo ni armas, reservando un quinto de los beneficios a la Corona.

El I duque falleció en 1488. Su descendencia es muy numerosa, pero nos detendremos aquí en su sucesor, el abuelo paterno del futuro Gran Duque de Alba, que fue don Fadrique Álvarez de Toledo, nacido en 1460, II duque desde ese año de 1488, marqués de Coria, conde de Salvatierra y Piedrahíta y señor de Valdecorneja. Fadrique tuvo una vida plena. Estuvo siempre muy vinculado a los Reyes Católicos. El Francesillo de Zúñiga lo describió como largo de espíritu y corto de grebas (piernas), y añadía que era *más redondo que una pieza de dos ducados*, aludiendo a su obesidad, mientras que de él dijo Gonzalo de Évora al Rey Fernando: *Vuestra Alteza bien puede preciarse de tal primo*. Fue hombre de acreditado valor personal y dotado para la estrategia militar, participó en la conquista y rendición de Granada en 1492, y luego, siendo ya duque, estuvo al frente de las tropas que lucharon contra los franceses en el Rosellón en 1503 y, al año siguiente, el mismo día del fallecimiento de la Reina Isabel, se adelantó a levantar en Medina del Campo los pendones por Doña Juana y Don Felipe, proclamándolos Reyes de Castilla el 26 de noviembre de 1504. Cuando en 1512 Fernando el Católico, regente de Castilla, se decidió a invadir el reino de Navarra amparado en una bula del Papa Julio II, puso al mando de sus ejércitos al II duque de Alba, el cual cumplió la misión en dos semanas; en recompensa fue nombrado capitán general de Andalucía y duque de Huéscar, título que terminaría convirtiéndose en el reservado a los primogénitos de la Casa de Alba. Fue, además, Mayordomo Mayor del Rey Fernando. Cuando en 1515, en Aranda de Duero, el monarca dictó su último testamento, su primo el duque se encontraba entre los siete personajes que firman de testigos, y al año siguiente se encontraba también junto al lecho del Rey moribundo en la villa de Madrigalejo, y es él quien le cierra los párpados después de expirar.

La Reina Juana de Castilla había heredado el trono de su madre, pero teniendo enajenadas sus facultades mentales, se imponía una regencia, pues su marido,

Felipe, había fallecido en 1506. Fernando el Católico deseaba que el duque de Alba le sucediera como regente, pero el designado fue el Cardenal Cisneros, en el cénit de su carrera política. La rivalidad entre Cisneros y Alba no menoscabó la influencia de éste y, posteriormente, el duque ocupó el cargo de Mayordomo Mayor de Carlos V y el de miembro del Consejo de Estado, acompañando a su señor a Alemania, Flandes e Italia. Recibió el Toisón de Oro y la Grandeza, que en aquellas fechas aún se denominaba *de Castilla*, en 1520, coincidiendo con la coronación de Carlos V en Aquisgrán.

Eran momentos fundacionales en la monarquía hispánica, y durante ellos los Alba se encuentran en posición inmejorable. Fadrique asentó su patrimonio, alejando el fantasma de la desmembración, aunque sin desatender a sus hermanos Gutierre, García y Enrique, y, para estabilizar por el flanco Sur sus estados, en 1480 casó con la hija de Alvaro de Zúñiga, I duque de Béjar y conde de Plasencia, y de Leonor Pimentel, llamada Isabel, la cual falleció en 1500. Del matrimonio nacieron cuatro varones y una mujer, todos ellos situados magníficamente: García, el primogénito y heredero frustrado por haber premuerto a su padre; Pedro, marqués de Villafranca y, en 1532, virrey de Nápoles; Diego, prior de Castilla de la Orden de San Juan; Juan, Cardenal de la Iglesia, fallecido en 1557; y Hernando, comendador mayor de la Orden de Alcántara. Leonor, la única mujer, fue condesa de Alba de Liste.

Ya anciano, Fadrique aún llegó a prestar servicios en Italia y Flandes, habiendo pasado, como hemos apuntado, en 1510, por el amargo fallecimiento de su primogénito en la isla de los Gelves. En 1526, el duque fue designado miembro del Consejo de Estado y al año siguiente asistió al bautismo del Príncipe Felipe, su última gran aparición, pues su postrera enfermedad le obligó a recluírse en Alba de Tormes hasta su muerte, el 18 de octubre de 1531. Su nombre se perpetúa en la localidad granadina de Puebla de Don Fadrique, en cuyo honor había adoptado tal denominación en 1525.

Tuvo Fadrique la satisfacción de saber que había contribuido de forma decisiva a que aumentasen la influencia y fortuna de su familia (que, en opinión de un coetáneo, se encontraba entre las seis más ricas de Castilla), y de ver crecido y formado a su nieto primogénito, con la esperanza de que sería un digno sucesor.

## **Infancia y adolescencia**

Fernando de Toledo vio la luz el 29 de octubre de 1507 en la localidad abulense de Piedrahíta. Como se ha dicho, nació fruto de las nupcias de García de Toledo y Beatriz Pimentel, que aportaba a los Alba la sangre de los Benavente, y se convirtió en el heredero directo de Fadrique, II duque, por haber muerto su padre en 1510. El pequeño pasó su infancia con su abuelo paterno, entre las residencias principales de la familia: Alba de Tormes, Piedrahíta y Coria,

compartiendo juegos y estudios con sus hermanos Catalina, María y Bernardino. Con seis años acompañó al abuelo a Navarra, con el ejército que tomó este reino, entre 1513 y 1514, cerrando con estas operaciones la reunificación de España, salvo la reincorporación de Portugal, tarea que el niño Fernando habría de culminar al final de sus días. Reparemos aquí en la presencia y el protagonismo de los Toledo en el proceso de la Reconquista.

Fadrique, consciente del papel que estaba llamado a jugar su nieto, se preocupó de proporcionarle esmerada educación. Encargó a un dominico, Severo Marini, que transmitiese a Juan Luis Vives el ofrecimiento de hacerse cargo de la tutoría del joven, pero Marini nunca realizó esta gestión, por lo que fue él mismo quien recibió el cometido. Es sabido que Vives lo hubiese aceptado, de habérselo dicho el dominico, pero el caso es que el adolescente Fernando recibió su instrucción de Marini, que hizo de él un caballero renacentista, que hablaba correctamente latín, que tuvo notables conocimientos de alemán e italiano y que incluso se permitía criticar ciertos giros y locuciones del portugués empleado en la redacción de las leyes lusas; sin embargo, sus conocimientos de francés no eran más que discretos. El cuadro docente del futuro duque contaba con Juan Boscán y Almagáver (*el Boscán*), traductor de un libro capital para entender a nuestro personaje, *El cortesano*, de Baltasar de Castiglione, y con Boscán llegó el trato y la amistad fraternal con Garcilaso de la Vega. No es extraño que Fernando, de jovencillo, tuviera veleidades de poeta, como prueba un texto de Francesillo de Zúñiga: *Diréis al duque de Alba que su nieto me ha hecho media copla y, como el marqués de Villafranca lo oyó, dijo a grandes voces a Boscán: "¡Cuánto os debemos la Casa de Alba, pues que a nuestro mayorazgo habéis hecho trovador!"*.

Desde temprana edad Fernando se puede percatar del lugar excepcional que ocupa su familia en Europa, pues, en 1519, Carlos V celebra en Barcelona el único capítulo habido en España de la Orden del Toisón de Oro, que agrupaba a los más grandes señores de la cristiandad bajo la jefatura de su soberano, el Duque de Borgoña. Con reminiscencias medievales mezcladas con elementos renacentistas, el Toisón reverdecía los ideales caballerescos y pretendía aunar las voluntades de los potentados en empresas sublimadas de mensajes religiosos, pero con los intereses terrenales bien amarrados a la realidad. El abuelo Fadrique se encontraba entre la escogida tropa de caballeros que ingresaron en la orden en ese capítulo barcelonés, y Fernando, con doce años, vivió de cerca las brillantes jornadas a las que dio lugar.

Un personaje tan principal debía estar lo suficientemente viajado como para adquirir la apertura de espíritu necesaria para encarar los conflictos multinacionales que se le presentarían a sus reyes, señores de territorios que salpicaban toda Europa, además de las posesiones de ultramar. En 1520, con trece años y frescos aún los recuerdos del capítulo de la Orden del Toisón

celebrado en la Ciudad Condal, Fernando acompaña al abuelo al largo viaje motivado por la coronación de Carlos V en Aquisgrán, ceremonia que le impresionaría vivamente, a esa edad en la que se tiene suficiente discernimiento para darse cuenta de las cosas de importancia, debidamente explicadas, y hasta magnificadas, por sus mayores, que le hacen ver que en el futuro puede ser protagonista de hechos capitales en la Historia de Europa. En la coronación del Emperador es cuando se data el nacimiento oficial de la dignidad de los Grandes de España, que en esa fecha se cifra en veinte casas, entre las que no falta la de los Toledo y algunas otras que se incorporarán en breve a su linaje, como la Grandeza reconocida en aquella ocasión a los condes de Lerín, condestables del reino de Navarra.

En el transcurso de aquel viaje se produjeron encuentros de Carlos V con Enrique VIII de Inglaterra y con Francisco I de Francia, momentos que impresionan a Fernando, que ya conocía con detalle la obra de Vegetius *De re militari*, que, aunque del siglo IV, veía la versión impresa en 1473. También sabemos que el joven se encontraba en Worms en 1522, cuando se suceden las reuniones de la Dieta en las que Lutero expone al Emperador sus revolucionarias doctrinas. Finalizando mayo, las naves que transportan a Carlos V y su séquito zarpan de Calais y arriban a Dover, donde son agasajados por el fastuoso Enrique VIII. Visitan Londres y Windsor y suscriben ambos soberanos una alianza contra el monarca francés, Francisco I. El II duque de Alba y su nieto visitan Winchester, donde su alma de caballeros, aún con aromas medievales, se conmueve a la vista de lo que los ingleses presentan como la Mesa Redonda del Rey Arturo y sus caballeros. Fernando, adolescente de catorce años, llamado a convertirse en caballero inmediatamente, gozaría con los torneos y las historias del camino de perfección del cristiano a través de la búsqueda del Santo Grial y quedaría impregnado para siempre de estas fragancias en las que se mezclan el incienso de la fe y las utopías legendarias. Tras un mes en Inglaterra, el 6 de julio, abuelo y nieto zarpan de Southampton, encontrando a su regreso una España que, entre tanto, había sufrido la guerra de las comunidades, ya sofocada, pero de hondas repercusiones.

Con el espíritu empapado de esencias quijotescas, en 1524, Fernando, que no cuenta más que dieciséis años, escapó de la tutela de este abuelo que tan altos ejemplos le daba para combatir, mostrando determinación y valor, en la toma de Fuenterrabía, de la que fue nombrado gobernador por el condestable Íñigo de Velasco, una vez que sus ocupantes franceses y navarros se hubieron rendido.

El muchacho se estaba convirtiendo en hombre y prueba de ello es que en 1527, con veinte años, se encontró con la hija de cierto molinero de La Aldehuela, en Ávila, relaciones lo suficientemente efusivas para que diesen como fruto un hijo

al que se impone el nombre paterno, Hernando, y que sería reconocido por su progenitor<sup>6</sup>.

## La hora del matrimonio

Conocedor ya de los secretos básicos de la vida, el joven heredero es utilizado por su abuelo en una maniobra más de afianzamiento del linaje, comprometiéndose en matrimonio con una prima hermana, doña María Enríquez, hija del III conde de Alba de Liste, Diego Enríquez de Guzmán, y de su primera esposa, Leonor, hermana del padre del novio. Esta unión, celebrada en 1529, se vería bendecida con varios frutos: Fadrique, el continuador de la casa; dos chicas, Beatriz y María, y otro varón, Diego. García, que recibió este nombre para perpetuar el recuerdo del abuelo muerto gloriosamente, no pudo cumplir este destino al fallecer él mismo con dieciocho años.

En 1526 el II duque de Alba y su nieto acuden a la boda, en Sevilla, del César Carlos e Isabel de Portugal, quienes al año siguiente procrearon a Felipe, segundo de su nombre en los elencos reales de Castilla, personaje determinante en la vida de Fernando, y cuyo bautizo, celebrado en Valladolid, es el último acto público al que asiste el duque Fadrique, como hemos recordado antes. Los festejos coincidieron con el saqueo de las tropas imperiales en la Ciudad Eterna, castigo al Pontífice por aliarse con el Rey francés frente a Su Majestad Católica, lo que no impidió que el II duque de Alba manifestase públicamente su reprobación al *sacco di Roma*. Pese a las críticas, a raíz de estos actos nadie se atrevió a disputar la supremacía de Carlos V en Italia, lo que cristalizó, en 1530, al ceñirse la corona de hierro de los reyes longobardos, coronación en la que el linaje de los Toledo estuvo representado por don Pedro, marqués de Villafranca, hijo del moribundo Fadrique y tío de nuestro personaje, Fernando.

---

<sup>6</sup> Su biografía fue publicada por Ángel Salcedo Ruiz en 1903, pero, lamentablemente, mezcla datos de este personaje con otros referentes a su tío abuelo homónimo, que mandó el tercio de Lombardía del ejército de Flandes. El personaje quedó reflejado en la comedia de Lope de Vega *Más mal hay en la Aldegüela de lo que suena*, también conocida como *El Prior de Castilla*. Desde 1546, acompañó a su padre en sus campañas, siendo capitán en la guerra contra la Liga Esmalcada, asistiendo a las tomas de Ingolstadt, Ulm y Augsburg, y a la batalla de Mühlberg. En 1557 condujo a Italia un tercio que peleó en la expulsión de los franceses de Nápoles, y contra Paulo IV, en 1558. En 1567 lo encontramos junto a su padre en Flandes y en 1569 embarcó en Vlissingen, dando escolta a la archiduquesa Ana de Austria, que viajaba a España para convertirse en la cuarta esposa de Felipe II. Fue virrey de Cataluña de 1571 a 1580, destacando por su lucha contra el bandolerismo y la construcción de obras públicas, como la canalización del Segre. En 1580 vuelve a servir junto a su padre en la campaña de Portugal, mandando la caballería en la batalla de Alcántara, el 25 de agosto. Ya muerto el Gran Duque, Felipe II lo llamó al Consejo de Estado, gozó de general respeto y le cupo el honor de amortajar los despojos de Felipe II en 1598. Falleció Hernando el 21 de octubre de 1591, y recibió sepultura en el convento carmelita de Consuegra. No se conocen muchos datos de su vida íntima, pero no consta que dejase descendencia.

## **Fernando de Toledo y Carlos V**

Cuando el abuelo Fadrique falleció, en octubre de 1531, Fernando, con veinticuatro años, se vio a la cabeza de una de las casas más importantes de España. En esos años, Lucio Marineo Sículo calculaba que los Alba se situarían en la quinta o sexta posición económica entre las grandes familias de Castilla y que su renta anual ascendería a 50.000 ducados, equivalente, aproximadamente, a los ingresos anuales de dos millares y medio de jornaleros agrícolas. Al poco de acceder a la dignidad ducal, en 1532, Fernando acudió a la llamada de Carlos V y marchó a Viena acompañado de su amigo Garcilaso de la Vega para defenderla del acoso del sultán Solimán.

No fue preciso entrar en combate en Viena, pues la visión del ejército imperial de más de doscientos mil hombres hizo que los turcos levantaran el asedio al que tenían sometida la capital. Acabada la campaña, Alba y Garcilaso se trasladan a Italia, puesto que don Pedro de Toledo había sido nombrado virrey allí. En Nápoles, la muerte arrebató a Fernando a su hermano pequeño, Bernardino, que contrajo una sífilis que lo llevó al sepulcro el 26 de agosto de 1532. Garcilaso escribió una elegía a su amigo Fernando, intentando mitigar su dolor, *que temo ver deshechas tus entrañas en lágrimas, como al lluvioso viento se derrite la nieve en las montañas*.

A fines de 1533 Fernando está de nuevo en Alba de Tormes, donde puede reunirse con su mujer y sus hijos, reencuentro que tendrá su fruto, pues en 1534 nace una hija, Beatriz, así llamada en honor de la madre del duque.

Poco después se presentó ocasión al duque de Alba para demostrar su valía en el combate. Esta vez el escenario fue Túnez. A primeros de junio de 1535 embarcó en Cagliari con las tropas del marqués del Vasto; el 14 de julio cayó la fortaleza de La Goleta y una semana después la propia ciudad de Túnez, defendida por Barbarroja. En este episodio se enmarca uno de los momentos más emotivos en la vida de Fernando, cuando el César Carlos le hace entrega de la armadura de su padre, que se guardaba en el arsenal del Bey de Túnez. Fernando Álvarez de Toledo regresa a España y consigue disfrutar unas fiestas de Navidad de 1536 en Alba de Tormes, siguiéndose otro retoño de la pareja ducal, Fadrique.

Durante el año 1537 Fernando pudo comprobar las dualidades de la existencia humana. Su madre, Beatriz Pimentel, falleció en julio, pero, en contrapartida, el 21 de noviembre nació su segundo hijo, Fadrique, el que habría de sucederle en el título.

El reinado de Carlos I fue una lucha sin tregua, agotadora, pues sus enemigos se multiplicaban y aliaban. En 1540 el Emperador se ve obligado a ordenar una

cruenta represión ante la sublevación de su ciudad natal, Gante, y le acompañan una veintena de miembros de la nobleza española, de entre los que no olvida a Alba, tan preeminente en el séquito que se sienta a la mesa del banquete ofrecido por el Rey de Francia al monarca español junto a los príncipes de sangre real, entre los que está el duque de Guisa, y dos cardenales de la Santa Iglesia que en el protocolo tienen consideración de príncipes de dinastías reinantes. Se sabe que el Rey francés le regaló una sortija con un hermoso diamante, y Brantôme cuenta que Carlos hizo manifestaciones de la confianza que tenía en él y en sus dotes de militar. Poco después, la Dieta de Ratisbona hubo de disolverse sin alcanzar ninguna conciliación en los debates que en su seno se produjeron entre católicos y protestantes. La experiencia iba demostrando a Fernando que la dureza en la represión era un arma eficaz, mientras que las discusiones de sesudos teólogos no aportaban ninguna mejora en los conflictos planteados en los dominios de su señor.

En 1541, tras pasar el verano en Alba de Tormes reponiéndose de una dolencia, Fernando se traslada a Cartagena para ponerse al mando de las tropas y naves que se aprestan a nuevas operaciones en la costa africana, nido de piratas y punto de apoyo del otomano. Alba adquirió en esa ocasión una justificada fama de severo y disciplinado, pues procuró fuertes escarmientos a los nobles que acudieron con impedimenta superflua y acompañamiento extravagante de criados, pajes y mujerzuelas. El duque, que tenía bien presentes las circunstancias de la trágica muerte de su padre, no estaba dispuesto a tolerar frivolidades en una empresa tan seria y arriesgada, sintiéndose ajeno a cualquier tipo de deseo de popularidad si era al precio de perder seguridad y eficacia. Pese a las prudentes medidas del duque, el Emperador no admitió los consejos de que desistiese de esta jornada, teniendo en cuenta las circunstancias adversas que se preveían dado lo avanzado del otoño. El desastre debido a las inclemencias del tiempo produjo muchas pérdidas, cerca de doce mil hombres, aunque al Cardenal Tavera le sirviera de consuelo el hecho de que entre las víctimas no se encontrase *ninguna persona principal, que todo ha sido gente ordinaria y de criados y gente de mar.*

## **Al servicio de Felipe II**

La seguridad del César en su fiel servidor era tal que, en esas dramáticas jornadas, lo nombró Jefe de su Casa, mas sin plazo de ocuparse de cuestiones palatinas, pues en enero de 1542 tuvo que acudir a Navarra, el reino incorporado años atrás a la soberanía regia por su abuelo Fadrique, para apoyar desde allí la nueva campaña contra Francia. Su labor política para conseguir que las instituciones navarras apoyasen los proyectos del Emperador alcanzó éxitos relevantes, comenzando con la jura del Príncipe Felipe como heredero del reino por las Cortes navarras, celebrada en junio en Pamplona. Resuelto este asunto,

Fernando pasó a ocuparse de la defensa de Perpiñán, gravemente amenazada por el francés, y tomó toda clase de precauciones y medidas oportunas con gran éxito, al que no era ajeno la confianza que supo infundir a sus hombres con su presencia, beneficioso efecto que no se producía entre sus iguales, que se sentían despreciados por Fernando, y con razón, pues él se consideraba muy superior en casi todos los órdenes a personajes como el príncipe de Éboli o su seguidor, Francisco de Borja, el santo duque de Gandía, que no gozó de la simpatía de Alba mientras estuvo en el mundo cortesano.

En 1543 Fernando es nombrado, junto al Cardenal Tavera y a Francisco de los Cobos, miembro del consejo asesor del Príncipe Felipe, quien era Regente en ausencia de su padre el Emperador, quien, en aquella ocasión, dijo a su hijo acerca del duque que no creía de él que fuera de otro bando que el que le conviniera, subrayando su ambición, *aunque entró santiguándose y muy humilde*, mas termina aconsejando a Felipe: *Servíos de él y honradle y favorecedle, pues es el mejor que ahora tenemos en estos reinos*.

El 12 de noviembre del dicho año de 1543 tuvo lugar en Salamanca la boda del Príncipe Felipe con María de Portugal, que bendijo el Cardenal Tavera. Unas jornadas antes, el novio sintió la lógica curiosidad de saber cómo era la que en breve sería su mujer, y se dirigió a La Abadía, pueblo de los señoríos de los Alba, situado en la ruta de Cáceres a Salamanca. Allí se encontraba el palacio y coto de Sotofermoso, en el que había caza abundante, paz y sosiego, que propiciaba que los Alba mantuviesen en él una academia literaria que hizo época, pues contó con la presencia de Boscán, Garcilaso, Francesillo de Zúñiga, Marineo Sículo y otros literatos. Apostado en este idílico entorno, el Príncipe Felipe pudo satisfacer su capricho y observar el paso de la Princesa. El hecho es ilustrativo de cómo mantenía Alba estrecha familiaridad con Felipe II, aunque éste nunca tuvo excesiva simpatía hacia su leal servidor. Una anécdota ocurrida ese mismo año es reveladora: Don Felipe preguntó acerca de la guerra de Francia y el duque respondió que el Emperador y él iban a ocuparse de ese asunto, a lo que el futuro Rey repuso que, a excepción del Emperador, no había nadie por encima de su persona, y que todo el que no comprendiese esto, y se jactase de ello en su presencia, o no lo conocía bien, o trataba de importunarlo. Dicho lo cual, se retiró. El distanciamiento que se produjo entre Alba y Felipe fue sólo coyuntural, pues en 1545 se le volvió a pedir consejo y en enero del año siguiente se le impuso el collar del Toisón en el capítulo que celebró la Orden en Utrecht, honor que se repetía en la familia, pues ya el abuelo Fadrique había ostentado el vellocino, como hemos recordado. Después de ser condecorado junto a otros magnates como su primo político el Gran Duque de Toscana, el Duque de Saboya y el conde de Egmont, del que terminaría siendo enemigo mortal, Fernando acompañó a su señor a Ratisbona, donde la Dieta buscaba una solución al problema del luteranismo. Parece que en esta estancia del César en Ratisbona fue concebido un personaje que tendría papel importante años

después: Don Juan de Austria, el hijo nacido de las relaciones de Carlos V con Bárbara Blomberg.

En 1547, el Emperador tuvo que enfrentarse a las fuerzas protestantes de la Liga de Esmalcalda, y Alba estaba al mando de los tercios españoles que intervinieron en la batalla de Mühlberg, a orillas del río Elba, con victoria de las armas imperiales. El grito inicial de la batalla lo profirió el propio Emperador: *¡Santiago!*, para los españoles; *¡San Jorge!*, para alemanes y húngaros. Aunque los cronistas españoles le han atribuido el éxito a título personal, lo cierto es que el duque fue uno más de los comandantes que se distinguieron en aquella ocasión en la que la arcabucería de los tercios españoles jugó un papel muy destacado. La leyenda llegó a decir que, como Josué, había hecho detenerse al Sol para que las tropas a su mando tuviesen tiempo para culminar su victoria. Cuando Enrique II de Francia le preguntó si eso era cierto, Fernando contestó que estaba muy ocupado con los problemas que en la tierra le presentaba la batalla para ocuparse, además, de la evolución de los cuerpos celestes. Para dejar recuerdo de la victoria de Mühlberg, mandó a Cristóbal Passin pintar unos importantísimos murales (realizados entre 1567 - 1571), en el palacio solariego de Alba de Tormes<sup>7</sup>.

El Emperador comisionó en 1548 al duque para ir a España a buscar al Heredero y llevarlo junto a su padre, destacando que, entre otras medidas adoptadas por Carlos V y transmitidas al Príncipe a través de Fernando, estaba la de la introducción en la Corte de la etiqueta borgoñona. Aunque Alba no era muy partidario de esta nueva puesta en escena de la majestad terrenal, se vio involucrado en ella como nuevo mayordomo mayor del Príncipe, cargo equivalente al de jefe de la casa, y empezó a ejercerlo el jueves 15 de agosto. En octubre emprendió camino para acompañar a Felipe a reunirse con el Emperador y, a poco de iniciar el viaje, se le comunicó la muerte de don García, su hijo primogénito y heredero de su casa. Con gran entereza, pese al dolor, decidió seguir en su puesto y cumplir las órdenes recibidas, iniciando la travesía en la bahía de Rosas el 2 de noviembre; tras recibir el 1549 en Milán, llegaron a los Países Bajos, visitando Amberes y Rotterdam, donde se encontraron con el célebre Erasmo. Pasaron luego a Alemania, y en 1550 encontramos a Fernando, acompañando al Príncipe, en la Dieta de Augsburgo, donde se fraguó la amistad del duque con Antonio Perrenot, luego Cardenal Granvela. Mediando 1551 emprendieron regreso a España, donde el duque pudo complimentar a su nueva nuera, pues su hijo Fadrique, heredero al haber premuerto su hermano mayor, había contraído matrimonio con Guiomar de Aragón.

---

<sup>7</sup> L. Martínez de Irujo y Artázcoz, duque de Alba, *La batalla de Mühlberg en las pinturas murales de Alba de Tormes. Discurso del Excelentísimo Señor [...], leído en el acto de su recepción pública el 18 de marzo de 1962...*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1962.

## Las intrigas políticas

En los meses siguientes se encuadra la creación de lo que, empleando términos actuales, podríamos llamar *el partido* de Éboli, pues es en esas fechas cuando se aglutinan algunos influyentes personajes alrededor de Ruy Gómez, figura que tuvo un gran ascendiente sobre Felipe II. Ruy, nacido en la localidad portuguesa de Chamusca en 1516, era nieto de Ruy Téllez de Meneses, Mayordomo Mayor de la Emperatriz Isabel, de la que el pequeño Ruy fue menino, lo que explica su cercanía personal desde la infancia con el futuro Felipe II, del que es nombrado *gentilhombre* en 1548.

El origen de esta enconada disputa se centra en la rivalidad existente desde hacía décadas entre los Toledo y los Mendoza, pese a sus repetidos emparentamientos, que los convirtieron en aliados en tiempos del primado don Gutierre. Esa rivalidad natural en dos familias de tan alto fuste se materializó en maneras diferentes de concebir la actuación política. El entorno de Éboli veía la monarquía hispánica como una estructura de corte federativo, contemporizando con la herejía; por el contrario, Fernando de Toledo y sus seguidores eran partidarios de soluciones de fuerza, si no había otro medio, con objeto de avanzar hacia una progresiva homogeneización de los territorios bajo la soberanía de Felipe II, quien, al parecer, era más proclive a esta idea que a las de Éboli, muy particularmente cuando se mezclaba el problema religioso, pues el monarca tenía declarado que no estaba dispuesto a reinar sobre herejes. El duque de Alba creía que el cáncer del protestantismo era el mayor peligro que se cernía no ya sobre la monarquía hispánica, sino sobre todo su mundo y sus valores.

Por el momento, sin embargo, en este año de 1551, las intrigas políticas no han alcanzado el ardor que llegarán a tomar después. El propio Felipe fue quien propició a Ruy, en 1552, un ventajoso matrimonio al convertirlo en esposo de doña Ana de Mendoza, heredera de una cuantiosa fortuna, de elevadas dignidades nobiliarias y, ella misma, mujer de un extraño atractivo, influyente y, sobre todo, de una ambición inmensa. Doña Ana, hija de los condes de Mélito, fue una de las mujeres de mayor éxito en la Corte, a pesar de haber perdido un ojo, lo que la obligaba a usar el célebre parche. Contaba nada más que doce años, lo que no fue inconveniente para que se efectuasen las bodas, aunque el matrimonio no se consumó hasta 1559. Celebrada su boda, Ruy se trasladó con Felipe a Inglaterra para asistir al matrimonio con María Tudor, integrándose en el séquito del que también formó parte el duque de Alba, y regresó a España en 1559, recibiendo gran cantidad de dignidades: consejero de Estado y Guerra, contador y Mayordomo del Príncipe Don Carlos, y los títulos de príncipe de Éboli y duque de Estremera, título que cambió en 1572 por el ducado de Pastrana, donde fundó su mayorazgo y casa poco antes de fallecer en 1573.

Los Éboli cobraron aún mayor ascendiente por la intimidad de la que Ana gozó con la Reina Isabel de Valois, situación privilegiada que duró hasta la muerte de la soberana en 1568. En esas fechas, Ruy y su esposa mimaban también al joven Don Juan de Austria, a cuyos fructíferos amores con doña María de Mendoza, pariente de la princesa de Éboli, sirvieron celestinamente antes de que el hijo de Carlos V marchase en 1569 a ganar sus primeros laureles contra los moriscos en las Alpujarras.

## **Nuevas campañas del duque de Alba**

El panorama en el exterior volvió a ensombrecerse con la toma de Trípoli por los otomanos y la alianza de los franceses con los protestantes alemanes, que estalla nuevamente en conflicto bélico en 1552, provocando la huida del Emperador, que ha de abandonar Innsbruck aceleradamente, acudiendo Alba en su ayuda con la necesaria rapidez, lo que posibilita la firma de la Paz de Nassau, a la que siguió el inútil intento de recuperar Metz, tras de lo cual el duque regresó a España en 1553, retirándose a sus estados, decepcionado y mermado en su patrimonio, pero gozando, al menos durante unos meses, de una vida familiar de la que había carecido todos aquellos años de frenética actividad al servicio del monarca.

Carlos I se preocupó desde el primer momento de preparar convenientemente a su heredero. El primer servicio personal que prestó Fernando de Toledo a Don Felipe fue acompañarlo a Inglaterra con motivo de su matrimonio con la Reina María Tudor; encabezando el numeroso séquito compuesto por quince Grandes. El César envió al duque para acompañar al Príncipe con las siguientes instrucciones por escrito: *Duque, por el amor de Dios, procura que mi hijo se comporte de modo adecuado, pues de otro modo te digo que hubiera preferido no ocuparme nunca de este asunto.* El matrimonio de Felipe con su tía María era una apuesta para volver a atraer a los reinos de Inglaterra e Irlanda a la órbita de los países favorables a la política española y al catolicismo.

No era la primera vez que el duque de Alba visitaba Inglaterra; recordemos que ya a la vuelta de la coronación de Aquisgrán, en 1522, había hecho una escala con su abuelo en la isla. La ceremonia nupcial tuvo lugar en la catedral de Winchester el 25 de julio de 1554. Pero Don Felipe abandonó muy pronto a su esposa, ajada y melancólica, para hacerse cargo de la herencia paterna, pues Carlos V se fue desprendiendo de sus soberanías, firmando sucesivas actas de abdicación a lo largo de 1556, y cedió la corona del Sacro Romano Imperio a su hermano Fernando, mientras que el resto de sus dominios pasaron a su hijo, Felipe II. Alba perdía el gran apoyo del César Carlos, que lo miraba con cierta reserva, pero confiaba en su valía y su fidelidad, mientras que el nuevo Rey recelaba del orgullo y la suficiencia del duque, aunque éste pasó a desempeñar otros importantes servicios en la nueva situación.

Al avivarse en los territorios italianos el conflicto entre Francia y España, Fernando fue enviado allí como capitán general, gobernador de Milán y virrey de Nápoles. Su posición en Italia es de gran influencia, pues no en vano su tío Pedro ocupó ese puesto de virrey antes que él y fue tejiendo una elaborada red de alianzas, con un tío Cardenal en Roma y su prima Leonor, casada con el Gran Duque soberano de Toscana. El recién nombrado Papa Pablo IV, enemigo visceral de los Habsburgo, comienza un breve, pero movido, pontificado en el que incita a Enrique II de Francia a expulsar a los españoles de Italia, para lo cual une sus propias tropas a las del francés, mientras que, en julio de ese mismo año de 1556, declara a Felipe II desposeído de su título de Rey de Nápoles. El duque de Alba, que hasta ese momento había mantenido una postura de contención frente a los agravios de Pablo IV, presionado por el Rey Felipe, destronado por el Pontífice, no esperó más y publicó un ultimátum en el que detallaba los agravios inferidos al monarca por el Papa, señalando a continuación los horrores que se derivan de la guerra, añadiendo, en tono amenazante, que se aprestaba *por la sangre de mis venas a asombrar a Roma con mano rigurosa, y Vuestra Santidad, aunque sería respetado entonces como ahora, no podría librarse de los horrores de la guerra o acaso de la ira de algún soldado muy ofendido por las sanguinarias acciones cometidas en abundancia por Vuestra Santidad*. El carácter de Fernando no se arredra ante nada ni nadie y, dada la ausencia de satisfacciones por Pablo IV, Alba se dirigió a Roma al frente de doce mil soldados; ante tal amenaza, el Papa pidió una tregua, tiempo que aprovechó para que un ejército francés mandado por Francisco de Guisa entrase por el Norte de Italia y marchase hacia Nápoles, pero Guisa fue llamado de retorno a Francia, pues se acababa de producir el descalabro de San Quintín. Aunque tenía perdida la guerra, el Pontífice aún se obstinaba en resistir y llegó a redactar el breve de excomunión de Fernando, que los consejeros papales consiguieron quedara abortado; se consiguió una paz aceptable para todas las partes que, en última instancia, garantizaba plenamente la seguridad del reino de Nápoles en manos de Felipe sin amenazas francesas ni pontificias. El prestigio de Alba llegó a sus más altas cimas, pero las intrigas de Éboli se reactivaron inmediatamente.

Estos éxitos explican que, entre 1557 y 1566, haya un largo periodo de permanencia de Fernando en la Corte, periodo en el que actúa como hombre fuerte, pese a los intentos del príncipe de Éboli de desplazarlo. Mientras franceses y españoles se afanaban por llegar a un acuerdo diplomático que permitiese una paz duradera, el 17 de noviembre de 1558 murió la Reina María I de Inglaterra, cuyo fallecimiento dejaba a Felipe II viudo por segunda vez, y se intentó concertar el matrimonio de Felipe II con la sucesora, Isabel, pero ésta rechazó tajantemente la posibilidad, por lo que, habiéndose iniciado los tratos para casar al heredero, el Príncipe Don Carlos, con Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia, Felipe decidió alterar la propuesta matrimonial y tomar él

mismo el lugar del novio. Como es sabido, ésta fue una de las muchas causas alegadas por el Príncipe para enfrentarse violentamente a su padre y Rey.

La reciente derrota de Francia y la subsiguiente pacificación hicieron que este matrimonio se tomase como un símbolo de la nueva etapa en las relaciones entre ambos reinos, de manera que vino a llamarse a la prometida Isabel de la Paz, pues el enlace venía de la mano del tratado de Cateau-Cambrésis, en el que negociaron, en nombre del monarca hispánico, el duque de Alba, Ruy Gómez, el obispo de Arras (futuro Cardenal Granvela), Guillermo de Orange y el presidente del Consejo de Flandes, Vigilias van Aytta de Zwichen, mientras que, por parte francesa, se sentaron a la mesa diplomática el canciller Anne de Montmorency y el Cardenal de Lorena. El día 24 de junio de 1559, el duque de Alba, actuando en nombre y representación de Su Católica Majestad el Rey Felipe, toma el lugar de su señor en la ceremonia del matrimonio por poderes con la Princesa Isabel, ceremonia que sella con todo el fasto posible la paz entre los dos reinos, menos de dos años después de la batalla de San Quintín. En la entrada a la catedral de Nuestra Señora de París, don Fernando, habitualmente sobrio en su vestimenta, resplandece de pedrería, acompañado de otros grandes señores, entre los que sobresalen Guillermo de Orange y el conde de Egmont. Ni se le pasaba por la imaginación que ambos se convertirían en poco tiempo en la pesadilla de Felipe II y en la suya. Pero no hay que adelantar acontecimientos que ensombrezcan esta jornada festiva. Se aproxima el cortejo de la novia, que abren los pares de Francia y los Príncipes de la Sangre; al son de trompetería llegan los Reyes de Francia, Enrique II y Catalina de Médicis, la novia y la Duquesa de Lorena y, ayudando a la desposada con su pomposo vestido nupcial, la Delfina, reciente y jovencísima esposa del Príncipe Francisco, María Estuardo. Tampoco el duque de Alba llegaría a pensar que la descendencia de esta gentil muchachita, futura Reina de los escoceses, enlazase tan estrechamente con la suya hasta el punto de que, doscientos cincuenta años después, los duques de Alba no se llamasen Toledo sino Stuart.

Tras los primeros ritos en el atrio, frente al gentío reunido para gozar del espectáculo de la realeza, la procesión penetra en el templo, donde el Rey Enrique asegura a Alba que su deseo es ser un padre para el monarca español. Según el protocolo francés, era costumbre que la Corte asistiese al acto de que los contrayentes se retirasen al lecho, mas, ausente el novio verdadero, su apoderado, don Fernando de Toledo, hizo una reverencia y tomó simbólica posesión del lecho conyugal insinuando el ademán de colocar sobre él una pierna y un brazo, para retirarse inmediatamente. El halagüeño panorama que se pintaba para la paz europea sería fuente de optimismo para Alba en esos momentos y vería con alegría las ceremonias que protagonizaba en el papel del Rey Prudente, pero, desgraciadamente, al monarca francés solamente le quedaban unos días de vida. Estaba previsto que a las nupcias de Felipe e Isabel sucediesen, de inmediato, las de Margarita, Duquesa de Berry, hermana de Su

Majestad Cristianísima, con el Duque de Saboya, Manuel Filiberto, muy vinculado a Felipe II, por lo que esta boda no haría más que anudar la amistad hispano-francesa. Confundiéndose unos festejos con otros, se celebra un torneo en el que el Rey Enrique combate con el joven y fuerte conde de Lorgne; accidentalmente, la lanza del conde escocés se quiebra sobre el yelmo del soberano galo y una de las astillas va a clavarse en su cerebro a través de la cuenca ocular. Nada puede hacerse por salvar su vida, y, tras una larga y cruel agonía, Enrique II expira horas después de que se celebre la boda de su hermana con el Duque de Saboya. Era el 9 de julio de 1559. Dos días después, el duque de Alba y Ruy Gómez de Silva son recibidos por el nuevo Rey, Francisco II, cuyo reinado habrá de durar sólo unos meses, en un salón del palacio del Louvre completamente tapizado de negro y con las ventanas cerradas, con la única iluminación de los cirios que arden en un altar. Fernando de Toledo, acostumbrado a la severidad de la Corte de Felipe II, queda impresionado con la puesta en escena del duelo de los Valois; las damas jóvenes de la Familia Real francesa, empezando por la nueva Reina, María Estuardo, comparecen con las tocas blancas de luto; sólo la Reina Viuda se mantiene de negro riguroso, salvo las guarniciones de armiño de su atavío, que denotan la realeza de Catalina de Médicis, cuya personalidad no consigue eclipsar a los Guisa, que se presentan como los auténticos señores de la situación política creada en el país vecino por la súbita muerte del monarca.

## **La tragedia de Don Carlos**

La dinastía española no tenía una situación doméstica más brillante que la francesa. El heredero de Felipe II, Don Carlos, era un personaje monstruoso en todas sus facetas, y desde su infancia se presagiaban los más funestos augurios sobre su persona, que se cumplieron con creces. En el verano de 1562 se golpeó en la cabeza, lo que le tuvo durante varios días al borde de la muerte. El Rey, desesperado, se retiró a El Escorial, habiendo dado instrucciones precisas, incluso, acerca de las exequias del Príncipe. De entre los personajes que no se apartaron de su cabecera destacó el duque de Alba, que dormía en un lecho que le improvisaron junto al enfermo. Fernando ordenó que se llevase a la cama del enfermo el cuerpo de fray Diego de Alcalá, muy venerado en aquellos momentos pero que aún no había sido beatificado. Todos reconocen que, desde el momento en que el cuerpo del enfermo tocó los venerados despojos, se produjo una mejoría fulminante, si bien el doctor Olivares señala que no debía obviarse el papel jugado por los físicos. El caso es que Don Carlos sanó, aunque ahora creamos que hubiese sido mucho mejor para su padre y para la monarquía toda que hubiese muerto. El lance nos sirve para atestiguar la profunda fe que anidaba en el duque de Alba y que le llevó a ordenar el traslado del cuerpo del religioso alcalaíno a la cámara del enfermo; desde su curación, el Príncipe tomó

una manía obsesiva con la beatificación de fray Diego, agobiando a su padre, al nuncio y a cuantos pudiesen tener parte en ese negocio.

## Los Países Bajos

Entramos ahora en el punto más importante de la historia de Alba, en tanto que es la que tiene más repercusiones en toda Europa y la más desagradable nota crítica de su ejecutoria brillante: nos referimos, claro está, a la actuación del Gran Duque en los Países Bajos. Durante los primeros años sesenta, la situación en esos territorios cuya soberanía ostentaba Felipe II por herencia de su abuelo Felipe se había degradado considerablemente. Desde 1562 los nobles descontentos formaron una liga alrededor de Guillermo de Orange, consiguiendo del Rey el cese como gobernador del Cardenal Granvela. El malestar fue en aumento por la crisis económica generada por el corte del canal de Sound, en Dinamarca, que interrumpía el comercio con el Báltico, las malas cosechas, la subida de impuestos motivada por las guerras de Felipe II, y por el aumento de la persecución contra la herejía luterana. El panorama se agravaba con la llegada de numerosos calvinistas desde Francia, los hugonotes, a lo que se sumaba el apoyo de Isabel I de Inglaterra a cualquier subversión contra el poder español. Todos estos factores alentaron una actitud cada vez más desafiante por parte de la nobleza rebelde.

El 14 de junio de 1565 comienzan las jornadas del encuentro de Bayona, en el que el duque de Alba acompaña a la Reina Isabel de Valois a su cita con Catalina de Médicis. Lo que en apariencia es una visita cariñosa de una madre a su hija, que llevan separadas seis años, no es más que una maniobra diplomática de la mayor altura, en la que —por parte española— tiene gran papel Francisco de Eraso, secretario del Rey y miembro del Consejo de Castilla. La Reina Madre de Francia propone unos matrimonios dobles para afianzar las buenas relaciones de su dinastía con Felipe II: Margarita de Valois sería la esposa del Príncipe Don Carlos y Enrique de Anjou, apenas un niño, se casaría con Juana de Portugal. El duque responde que no tiene poderes para tratar de estas alianzas nupciales, y las conversaciones se atascan hasta que, el día 29, Alba y Eraso plantean en su crudeza su visión de los acontecimientos a Catalina: en Francia la situación es insostenible y se está en una guerra civil de hecho. El encuentro es un fracaso, tal y como demuestra una carta de la soberana francesa, del 30 de agosto siguiente, en la que se muestra contraria a la intransigencia de los católicos franceses y del duque de Alba. Fue en estas jornadas cuando la Reina Isabel de Valois defendió las posturas de su marido, Felipe II, ante su madre, que le dijo sarcásticamente: *Muy española os veo*.

Tras el intento de mediación de Doña Margarita de Parma, gobernadora general, hija extramatrimonial de Carlos I, en 1565 hubo revueltas y desórdenes promovidos por los calvinistas, que se prolongan todo el año, en el que Felipe II

hace público el nombramiento de Fernando de Toledo como general al frente de un ejército encargado de restablecer el orden. Puede interpretarse de doble manera esta misión: por un lado, pareciera ser demostrativa de lo mucho que confiaba en Alba el soberano, pero igualmente era la fórmula que encontraron sus enemigos para apartarlo del centro de decisiones y, previendo su fracaso, desacreditarlo de manera desastrosa para su carrera. Reparemos en que nos encontramos ya en el año 1566. Los protestantes, estudiosos de las Sagradas Escrituras hasta niveles obsesivos, dicen que es la fecha de la Bestia del Apocalipsis, pues la cifra 1566 es fácilmente identificable con el fatídico número 666 ( $1 + 5 = 6, 6, 6$ ). A partir de esa fecha, las posturas encontradas se radicalizan progresivamente en toda Europa, dividida fanáticamente en lo religioso de punta a punta. Sirva como ejemplo que Catalina de Médicis contrata en esas fechas a seis millares de suizos para que actúen contra los hugonotes en caso necesario.

Pero no todos los contratiempos de la Casa de Alba en estos días le vienen del servicio al Rey. En su ámbito doméstico también surgen problemas. El heredero de Fernando, Fadrique, había hecho promesa de matrimonio a doña Magdalena de Guzmán, pero no la cumplió, lo que le costó, al incurrir en la ira regia, el encarcelamiento en el castillo de la Mota, en Medina, en 1566. Al año siguiente fue puesto en libertad para que pudiera marchar con su padre a servir en Flandes.

Fernando llegó a Bruselas el 22 de agosto de 1567. Pocos días después, el 5 de septiembre, iniciaba sus actividades el Tribunal de los Tumultos, conocido como Tribunal de la Sangre, con la misión de juzgar a los responsables de los disturbios del año anterior. El tribunal actuó con rigor y fueron muchos los ajusticiados, entre los que se contaron los condes de Hornes y de Egmont, general católico al servicio de Felipe II que estuvo al frente de la caballería que venció a los franceses en la batalla de San Quintín. Por otro lado, el mantenimiento de las tropas acarreaba cuantiosos gastos que forzaron al duque a imponer nuevos tributos a la población. Algunas ciudades, entre ellas Utrecht, se negaron a pagarlos y se declararon en rebeldía. Este estado de cosas propició la intervención desde el exterior del insumiso Príncipe Guillermo de Orange, que contó con la ayuda de los hugonotes franceses.

El 26 de diciembre de 1566, por el breve *Solent Romani Pontífices*, San Pío V concedió al duque las más altas muestras de aprecio del Vicario de Cristo, la Rosa de Oro, el bonete y el estoque bendito<sup>8</sup>, reservadas a monarcas, príncipes y caudillos militares que hubiesen rendido servicios especialísimos a la cristiandad y pudiesen, por tanto, ser considerados como sus campeones. Pío V no otorgó más que dos veces este honor: una, ésta que dispensó a Fernando de

---

<sup>8</sup> Ceballos-Escalera, en su voluminosa obra sobre el Toisón, plagada de errores, dice que se los concedió Paulo III, imposible por haber fallecido este Papa en 1549.

Toledo; la otra, a Don Juan de Austria, cuando alcanzó en 1571 el triunfo de Lepanto. La noticia nos la da Fernández Duro<sup>9</sup> y la ceremonia de entrega de los símbolos de esta merced papal —el estoque bendito, el sombrero con la paloma del Espíritu Santo bordada y el búcaro con la rosa áurea— tuvo lugar en 1568 en Bruselas, en la catedral de Santa Gúdula<sup>10</sup>. Manuel Fernández Álvarez, en su entrada biográfica del duque en el Diccionario de la Real Academia de la Historia interpreta erróneamente este acontecimiento pues dice literalmente: Y tal fue el éxito que Paulo IV le concedió la Rosa de Oro para su mujer, la duquesa María Enríquez. El normalmente bien documentado académico cae en una especie de ucronía<sup>11</sup> pues, afectivamente, la Rosa de Oro terminó usándose por los Pontífices romanos para condecorar a señoras egregias, pero en las fechas en las que se mueve nuestro estudio aún se usaba para distinguir a varones. El último varón que recibió un estoque fue el general Kauzler, en 1877, al finalizar el poder temporal de los Papas. Desde ese momento, la Rosa de Oro quedó como muestra de aprecio para santuarios marianos y para damas, como las Reinas de España Isabel II, María Cristina de Austria y Victoria Eugenia, y otra soberana española vinculada a los Alba, la Emperatriz Eugenia.

Don Fernando de Toledo vivió un momento de gloria efímera pensando que podría haber resuelto un problema gravísimo para la cristiandad y para la monarquía española. Por desgracia, los meses siguientes desmentirían esa optimista impresión.

La rebelión, que duraría ocho décadas, comenzó en 1568 con las invasiones fallidas de Frisia y Brabante por parte de Guillermo de Orange. Este fracaso fue motivado por la falta de apoyo popular a la revuelta. Sin embargo, la situación cambió cuando Alba ordenó otra subida de impuestos. Tras reunir un nuevo ejército, Guillermo consiguió sus primeros éxitos en 1571, con la toma de Brill, Vlissingen y Veere, en Zeeland. En esos días, el duque escribió a Felipe II: *Yo no soy muy tierno*. Y a Don Juan de Austria le aconsejó: *Los soldados no han de hallar en Vuestra Excelencia ninguna forma de blandura*. Las cifras de víctimas de la represión ordenada por Fernando fueron altas, pero no tanto como dijeron sus enemigos, pues han sido abultadas y tergiversadas enormemente; además, nos permitimos recordar en su descargo la dureza de la época.

Sin resolver los problemas que le atenazaban en el norte de Europa, Felipe II iba sumando otras desgracias. Al fallecimiento de su hijo Don Carlos, en 1568, en el que concurrieron gravísimas circunstancias, se une el de la Reina Isabel de Valois, que ponía al Rey Don Felipe en una nueva viudez, agravada por el hecho de que su unión con la soberana difunta había sido verdaderamente feliz. Pero

---

<sup>9</sup> Tomo 13 del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1888.

<sup>10</sup> Hay representaciones apócrifas de esta ceremonia por Ingres, de las que hablaremos más adelante.

<sup>11</sup> Entendiendo por tal una *reconstrucción histórica construida lógicamente que se basa en hechos posibles pero que no ha sucedido realmente*.

el interés dinástico demandaba al monarca un nuevo matrimonio, por tener sólo hijas, de manera que se iniciaron las conversaciones para conseguir una alianza adecuada. Se ofrecían dos posibilidades: una hermana de la fallecida Isabel, Margarita de Valois, y Ana de Austria. La poco halagüeña idea de convertirse nuevamente en yerno de Catalina de Médicis y la envenenada situación en Francia empujaron a Felipe a elegir a su sobrina Ana, cuya familia, además, tenía fama de fértil. Las negociaciones se hicieron con rapidez, y, aunque el Papa se mostraba reacio a conceder las dispensas, el matrimonio se celebró, por poderes, en Praga, el 4 de mayo de 1570, actuando como representante del Rey el Archiduque Carlos<sup>12</sup>. El duque de Alba agasajó a la nueva Reina y su cortejo cuando llegaron a Nimega, y su hijo extramatrimonial, Fernando de Toledo, acompañó a Doña Ana hasta su llegada a España. De este matrimonio habría de nacer el futuro Felipe III.

También en ese periodo, en 1572, aconteció uno de los más dramáticos episodios de la Historia de Europa: la matanza de la noche de San Bartolomé. Algunos autores doblados a la Leyenda Negra propagaron, sin base documental, la especie de que Felipe II, por medio del duque de Alba, estuvo entregando cantidades ingentes de dinero al duque de Guisa, jefe de la Liga católica que combatía con toda dureza a los hugonotes, marcando la culminación de esta política la masacre iniciada el 24 de agosto de 1572, continuada en los días siguientes. Según los protestantes, los responsables de estas atrocidades eran la Iglesia de Roma, la Reina de Francia y la corona de España, pero no debemos olvidar los antecedentes que permiten calificar la situación que se daba en el reino de Francia como una auténtica guerra civil; por poner sólo un ejemplo, la noche de San Miguel de 1567, los católicos refugiados en el Ayuntamiento de Nimes fueron degollados por los protestantes. Una de las víctimas más notables de la masacre fue el almirante Gaspar II de Coligny, sobrino del condestable Montmorency, que se batió en San Quintín y al que se tuvo como inductor del asesinato del duque de Guisa.

Los trabajos más serios en torno al problema religioso en Francia solamente se ponen de acuerdo en apreciar la pobreza de fuentes para estudiar estas acciones que, únicamente en París, provocaron alrededor de cuatro millares de muertes en pocos días. Un autor respetable, Joseph Pérez, eleva a treinta mil las víctimas habidas en toda Francia entre el 25 de agosto y el 23 de octubre de 1572, y, al igual que el protestante Thierry Wanegffien, profesor de Historia Moderna, abunda en la falta de datos para, al menos, exculpar a la Reina por falta de pruebas, no atreviéndose ninguno de estos autores a señalar responsabilidad en Felipe II ni en el duque de Alba. En la misma línea, Nicola Mary Sutherland mantiene que Fernando de Toledo prestó apoyos a los católicos franceses

---

<sup>12</sup> Alfonso Ceballos-Escalera afirma equivocado, en su obra mencionada, que lo fue el duque de Alba.

durante los años anteriores a la Noche de San Bartolomé, pero no le imputa responsabilidades en la escisión fratricida existente en la sociedad francesa de la segunda mitad del siglo XVI. Lo cierto es que, aunque a raíz de la matanza de los hugonotes, la rebelión en los Países Bajos sufrió algunos contratiempos, el duque de Alba también cosechó duros fracasos. Durante el asedio de Alkmaar, los defensores cortaron los diques causando numerosas pérdidas a las tropas españolas, y un año después, el 3 de octubre de 1573, la ciudad de Leiden fue tomada por los rebeldes. Las acciones militares en los Países Bajos fueron inútiles y la situación política no mejoró en modo alguno. Ante este fracaso, Felipe II ordenó el retorno a España de Fernando en ese mismo año de 1573, relevándole don Luis de Requesens.

## **Regreso a España**

El duque de Alba vuelve a España con su prestigio mermado por el fracaso cosechado en los Países Bajos, situación que será reforzada por la influencia de sus enemigos, encabezados por Éboli, defensor de las políticas conciliadoras y tolerantes. La situación no era sencilla, pues, como ya sabemos, poco antes del regreso del duque, en 1568, fallecieron el Príncipe Carlos y la Reina Isabel, produciéndose un vacío en la Corte con su ausencia que, en cierta medida, Felipe II cubrió dando un papel protagonista a la duquesa de Alba, aunque sólo fuera por la vía omitiva de negárselo a la princesa de Éboli. La duquesa fue nombrada aya de las Infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, las amadas hijas de Felipe e Isabel de Valois, y, a la temprana y desgraciada muerte de la soberana, hizo una benéfica labor en el cuidado y educación de las huérfanas, muy niñas, sobre cuyos adelantos y situación informaba regularmente a la Reina Catalina de Médicis, abuela materna de las niñas a su cuidado<sup>13</sup>.

Pero, en 1571, como ya hemos apuntado, el heredero de los Alba, Fadrique, con el apoyo manifiesto de su padre, se había casado en secreto con una pariente, doña María de Toledo, hija de García, marqués de Villafranca y virrey de Sicilia, primo del duque Fernando, contraviniendo el deseo de Felipe II e Isabel de Valois, que era que tomase por mujer a la conflictiva doña Magdalena de Guzmán, una de las mujeres más enigmáticas de la Corte de los Austria. La candidata que el monarca quería imponer a los Alba presentaba varios inconvenientes serios: de una parte, tenía ascendencia judía, lo cual, en ese momento histórico, era mucho más grave que lo había sido en años anteriores (no debemos olvidar que los Alba y Fernando el Católico compartían la misma sangre judía por sus antepasados comunes: los Enríquez). Pero, más grave aún que este problema de la ascendencia hebrea era la fama bastante ligera que tenía doña Magdalena, quien, para terminar de añadir trabas, era hermana de

---

<sup>13</sup> Félix Llanos y Torriglia, *La novia de Europa*, Madrid, 1928.

doña Brianda, que pasaba por amante de Escobedo<sup>14</sup>. El caso era grave, pues el duque era sabedor de que se había falsificado la cédula que debería documentar la autorización necesaria del mismísimo Felipe II. Cuando, al regreso del duque y su hijo a Madrid, en 1574, se conoció lo sucedido, el Rey ordenó abrir un largo proceso que concluyó en 1579 con la condena a prisión de Fadrique, confinado de nuevo en el castillo de la Mota, y el destierro en Uceda del propio duque de Alba.

Paralelamente al desarrollo de este incidente, durante toda la década de los setenta hay momentos de mucha tensión entre las facciones cortesanas. De un lado estaba el duque de Alba, que personificaba las posiciones más duras e intransigentes, y, por otro, los partidarios del príncipe de Éboli, que más tarde sería sustituido por Antonio Pérez. La Corte de España se convirtió en un emponzoñado mar de intrigas y pasiones abyectas en el que continuamente se producían escándalos. Muerto Éboli en 1573, su viuda se trasladó a Pastrana y se instaló en el convento que, con su patrocinio, había fundado allí Santa Teresa. Aunque el propio Rey le aconsejó que permaneciera allí, Ana volvió a la Corte, donde unió su suerte a la de Antonio Pérez, el cual, con sus corrupciones, había amasado una fortuna muy notable, de la que hacía ostentación de nuevo rico. Su caída se produjo por sus diferencias con Escobedo, secretario de Don Juan de Austria: en 1578, Escobedo fue asesinado y Pérez acusado del crimen, aunque el proceso se eternizó. Interrogado y torturado en 1585, acusó al Rey de haber ordenado el asesinato. En 1590 huyó a Aragón y, pese a que el Rey lo persiguió, logró escapar a Francia y después a Inglaterra. Hombre erudito y culto, publicó escritos de los que hablaremos al tocar el asunto de la Leyenda Negra, no compareciendo al juicio divino hasta 1611. En cuanto a la princesa de Éboli, fue acusada de actuar como su cómplice en la muerte de Escobedo y se la recluyó para el resto de sus días en los castillos de Santorcaz y Pastrana, donde falleció muchos años después, en 1592.

La situación internacional se deterioraba por todos los frentes, haciendo casi imposible cualquier actuación que emprendiese Felipe II: aparte del estancado problema de los Países Bajos y del luteranismo extendiéndose por toda Europa, España se encontraba de nuevo en conflicto con Francia, donde el calvinista Enrique de Borbón ganó la guerra civil, aunque, eso sí, aceptó el catolicismo haciendo realidad el principio de que *París bien vale una misa*. El enfrentamiento contra la Inglaterra de Isabel I era total, puesto que la Reina apoyaba a los protestantes en los Países Bajos y a los calvinistas franceses y atacaba con actos de piratería el comercio entre Sevilla y América, sin que el embajador

---

<sup>14</sup> Véase Alfonso Danvila, *Don Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo (1538-1613)*, Madrid, 1900, pp. 195-196 y 380-383; Mercedes Fórmica, *La hija de Don Juan de Austria. Ana de Jesús en el proceso al pastelero de Madrigal*. Madrid, Revista de Occidente, 1973, p. 99; y la entrada de Magdalena en el Diccionario de la Real Academia de la Historia, por Laura Oliván Santaliestra.

Bernardino de Velasco, brillante colaborador de Alba en los Países Bajos, alcanzase nada positivo por el camino diplomático.

### **El último servicio: la efímera reunificación ibérica**

La caída en desgracia de Antonio Pérez y la princesa de Éboli supone un giro de la situación política a partir de 1579 que favorece al duque de Alba, rehabilitado, aunque fuera parcialmente, al año siguiente, cuando Felipe II tiene que tomar las armas para ceñirse la corona de Portugal, que le correspondía por derecho de sangre, al quedar vacante tras la muerte sin herederos de su sobrino, el Rey Don Sebastián, lo que daba a Felipe II, el pariente más cercano, las posesiones del imperio lusitano. El monarca español precisó otra vez de los servicios del duque para neutralizar militarmente las pretensiones del prior de Crato, Don Antonio, que se consideraba heredero de la corona portuguesa pese a ser un ilegítimo. Por ello el soberano mandó recado a Fernando preguntándole si estaba dispuesto a servirle en esta nueva campaña, respondiendo Alba que jamás había mirado a su salud en lo tocante al servicio de Su Majestad. Estando aún confinado en Uceda, el monarca le encargó dirigir la conquista de Portugal, y aceptó la comisión diciendo a Felipe II: *Sois el único monarca de la tierra que sacáis de la prisión a un general para daros otra corona*. El excelente político y hábil guerrero era igualmente orgulloso, tanto que sólo el propio Felipe II pudo someterlo. Dada la urgencia de la situación, recibió la orden de ponerse al mando de las tropas sin pasar a saludar al Rey, por lo que el encuentro entre el duque y su señor se produjo ya en la frontera. Felipe II, sin que mediase petición para ello por parte de Fernando, decidió devolver la libertad al duque de Huéscar, Fadrique, para que pudiese unirse a su padre en la nueva campaña, sellándose así una nueva alianza de la Casa de Alba y la Corona.

Pese a toda la severidad que mostró el monarca en este grave trance, Fernando acometió la empresa con su proverbial eficacia: consiguió la victoria frente al ejército del general Diego de Meneses y entró triunfante en Lisboa, despejando el camino para la llegada de Felipe II. Obtuvo en recompensa el título de condestable de Portugal.

Como siempre ocurrió en su vida, no sólo tuvo que ocuparse de los problemas y actuaciones estrictamente militares, sino que además efectuaba labores de mayordomo y aposentador, preparando los caminos de su señor, y en febrero de 1580 hace llamar al ingeniero Antonelli, despacha con Juan de Herrera y, en mayo, informa de cómo el mencionado Juan de Herrera y Terzio habían ido a Cintra para acabar ciertas obras en los palacios que habría de ocupar Felipe II cuando acudiese a coronarse en su nuevo reino, culminación de la tan ansiada reunificación peninsular que, aunque efímera, es uno de los grandes triunfos que adornan la hoja de servicios de Fernando de Toledo. Cuando, en esos meses, Argote de Molina nos describe la galería de retratos del Palacio de El Pardo,

certifica, junto a las imágenes que representan a la Familia Real, la presencia del óleo de Tiziano que representa al duque de Alba. El favor real se mostraba de formas muy diversas en aquellos tiempos.

## **Fallecimiento del duque don Fernando**

El ilustre soldado murió en la localidad de Tomar, cercana a Lisboa, el 11 de diciembre de 1582. No se sabe cuál fue el mal que atacó al duque, pero fue un problema digestivo, prescribiéndosele que le nutriese una nodriza, de lo que él mismo hizo mención con ironía, comentando que había regresado a la primera infancia<sup>15</sup>. Su último confesor fue fray Luis de Granada, cuyas obras completas fueron editadas, gracias a la munificencia ducal, en catorce volúmenes que vieron la luz en los Países Bajos, con correcciones y comentarios de Arias Montano. El propio fray Luis escribió una carta de pésame a la duquesa en la que le daba cuenta de la resignación cristiana que presidió el tránsito de don Fernando y le aseguraba que no era fácil que la Providencia le hubiese deparado un marido mejor. Pese a ello, un manuscrito lusitano conservado en la Biblioteca Nacional de Lisboa pone en boca de un soldado castellano destacado en Portugal el aserto de que le hubiese gustado fallecer en esos momentos porque, atareadísimos como estarían todos los demonios de Lucifer en celebrar la llegada del duque de Alba a su reino, no habían de ocuparse de él.

La duquesa doña María sobrevivió muy poco a su marido y compareció ante el Altísimo menos de un año después, el 7 de noviembre de 1583.

Los restos mortales del duque sufrieron tantos traslados como padeciera en vida. Fueron depositados poco después de su fallecimiento en el convento de San Leonardo, cercano a Alba de Tormes, a la espera de que finalizasen las obras de la iglesia salmantina de San Esteban, fundación familiar, donde Fernando había declarado que quería reposar, y en 1619, su nieto decide su traslado al convento mencionado.

Casi tres siglos después, en 1895, el XVI duque, en gran medida movido por la duquesa, Rosario Falcó, condesa de Siruela, levantó un mausoleo de gusto entre neogótico y neorenacentista, encargado al arquitecto marqués pontificio de Cubas<sup>16</sup>. Los padres dominicos, tras el Concilio Vaticano II, demolieron este

---

<sup>15</sup> No era tratamiento infrecuente en la época, pues el marqués de los Vélez usó nodriza en 1578, enfermo de cáncer de estómago, que se achacó al disgusto por su intervención en el asesinato de Escobedo.

<sup>16</sup> Vid. *La Ilustración Española y Americana* de 22 de julio de 1895. Se pueden estudiar detalles de este sepulcro derruido en los minutos 8 y ss. de la producción de TVE La Casa de Alba, en la serie Conozca usted España, de 1965, <https://www.rtve.es/alacarta/videos/documentales-en-el-archivo-de-rtve/conozca-usted-espana-casa-alba/5329368/>

sepulcro, y los restos del duque quedaron depositados durante años en una caja en el panteón de teólogos, ignorándose el paradero de los restos de la duquesa.

El viernes 25 de marzo de 1983 encontraron morada, al parecer definitiva, en un mausoleo proyectado por Chueca Goitia. Rindiendo honores el ejército de Tierra y la Legión y custodiados por la Guardia Municipal, la duquesa Cayetana estuvo acompañada por su marido y por varios de sus hijos, junto a los rectores de las Universidades Civil y Pontificia, don Pedro Amat Muñoz y don José Luis Acebal, quien actuó de notario eclesiástico, los alcaldes de las que fueron villas ducales de Salamanca, la duquesa de Montellano (representando a la Grandeza de España), doña Macarena y doña Reyes Teba, el marqués de Ardales, Lord Strathmore y otros invitados, entre ellos, el autor del mausoleo y el académico Torrente Ballester. El obispo de la diócesis, don Mauro Rubio, presidió la ceremonia religiosa. Asistieron bajo mazas el gobernador civil, don José Luis Martín Rodríguez, el alcalde, don Jesús Málaga, y el presidente de la Diputación, don José Muñoz Martín. La sepultura de trazas renacentista, en mármol verde y blanco, con su busto en bronce y cimado por su blasón, acogió los despojos documentados con las menciones del Pontífice y del monarca reinantes, las de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y la titular del ducado, así como unas cuartetas de Lope a la memoria del homenajeado:

A este guión hacen salva todas aquestas banderas  
nubes del sol extranjerasque rompió saliendo el Alba.  
Mas puestos en otro Orientede su luz los rayos grandes  
Francia, Italia, África y Flandes volvieron a alzar la frente<sup>17</sup>.

Los actos se iniciaron a mediodía en el atrio del convento de San Esteban, donde una compañía del Regimiento de Caballería Santiago rindió honores al capitán general de la VII Región Militar, Fernando Soteras. A los sones de la *Marcha de Infantes*, integrantes del batallón del tercio Gran Duque de Alba salieron portando a hombros la arqueta de terciopelo (cubierta con las armas heráldicas de los Toledo) en que se han conservado los restos de don Fernando, precedidos por su yelmo, conservado en el palacio de Liria, sobre un almohadón de terciopelo, rindiéndosele honores militares. La comitiva, con algunos miembros de la comunidad de dominicos y su prior al frente, iniciaron la entrada en el templo, donde el coro de la Universidad interpretó el *Requiem* de Mozart. Dominicos revestidos con ornamentos funerarios de la Casa de Alba oficiaron el responso y leyeron un fragmento del *Apocalipsis*. Tras finalizar el acto religioso, los sucesores del duque de Alba presenciaron la bendición y enterramiento.

---

<sup>17</sup> Colección de las obras sueltas, así en prosa, como en verso, de ... Félix Lope de Vega. Madrid, 1776, pág. 396.

En la ceremonia participaron una compañía del Regimiento de Caballería Santiago I, de Salamanca, y un pelotón del tercio Gran Duque de Alba de la Legión, con sede en Ceuta.

La crónica del diario El País, publicada el sábado 26 de marzo de 1983, es digna de comentario, pues, textualmente, dice<sup>18</sup>: El cenotafio que contendrá ya definitivamente el cuerpo del que fue gran duque de Alba, muerto en Lisboa en 1582, ha sido costeado por la Diputación Provincial de Salamanca. Jesús Aguirre y Ortiz de Zárate, actual duque de Alba, manifestó que la responsabilidad de proporcionar a su antecesor un acomodo digno y definitivo correspondía a los salmantinos, por ser su figura patrimonio de todo el pueblo y no exclusivo de su casa...<sup>19</sup>

Este asunto lo trató el autor con detalle en la ponencia que, bajo el título *El sepulcro del III duque de Alba y las exequias de un abulense ilustre*, presentó en las III Jornadas de Heráldica de Ávila el 23 de noviembre de 2018, celebradas en el Archivo General Militar y organizadas por la Diputación Provincial.

Por último, en este punto, conviene actualizar lo dicho por Manuel Fernández Álvarez en su nota biográfica en el Diccionario de la Real Academia de la Historia, que ya hemos citado en otro momento, pues dice textualmente: *Hoy, después de varios traslados, está enterrado en una capilla semiabandonada de la iglesia de San Esteban de Salamanca.*

## **El recuerdo histórico del III duque de Alba**

Hay frases que definen a sus autores. Por ejemplo, este interesante texto escrito por el duque a su hijo Hernando, cuando éste fue nombrado gobernador de Cataluña, en el que se explicitan varias de las claves de su personalidad: *Lo primero, y, ante todo, debes dejar a un lado tu propia voluntad. Cuando quieras relajarte no podrás ceder a esa inclinación; por el contrario, deberás tomarte a pecho tu trabajo... Si aceptaste este encargo para llevar una vida tranquila te has equivocado y ofendes a Dios y al Rey que te nombraron. También perjudicas tu propio honor y Dios no te asistirá y te castigará si te desvías del camino recto.*

En 1576, el Rey Don Sebastián de Portugal, devorado por sus insanos deseos de gloria, y ante las juiciosas pegas que le iba alegando el duque Fernando, le espetó:

—¿De qué color es el miedo?

---

<sup>18</sup> El resaltado en negrita es nuestro.

<sup>19</sup> Obsérvese que a Jesús Aguirre se le menciona como actual duque de Alba y a Fernando de Toledo como su antecesor. Al año siguiente, 1984, Jesús Aguirre se sumaría al Consejo de Administración del grupo PRISA.

A lo que el de Alba respondió:

—Del de la prudencia.

Como es de todos sabido, el recuerdo del III duque de Alba en los Países Bajos y Bélgica es nefasto, subsistiendo la costumbre de asustar a los niños con su presencia, como si de algún ogro o del popular coco se tratase; se conservan grabados en los que se representa a Alba como devorador de niños, al igual que numerosas canciones se refieren a él en términos terribles:

Entonces llegó el duque de Alba, asesino, como un león cruel y muy fiero.

Fue muy perjudicial para este país

porque consideraba a todo el pueblo rebelde. Terrible fue su vida.

Como un diablo con apariencia humana, lo que él cometió

lo recordarán los Países Bajos.

Desgraciadamente, el duque se integra en la Leyenda Negra, cuyo origen puede fecharse en 1567, año de la aparición de la obra de Reinaldo González Montes (Montano) *Artes de la Inquisición española*, que en los dos años siguientes ya era traducida al inglés, al francés, al alemán y al holandés. Al nacimiento de esta leyenda asistieron como parteras interesadas Guillermo de Orange, que publicó en 1581 su famosa *Apología*, y Antonio Pérez, que, financiado por Isabel I de Inglaterra, dio a la imprenta sus *Relaciones*, en 1596. Como dice Julián Juderías, *los propagandistas de la Leyenda Negra fueron un príncipe traidor a su señor, de conducta no muy recomendable moralmente y que tomó la insurrección de los Países Bajos como medio de crearse una gran posición política, y un funcionario más traidor aún y de conducta moral menos recomendable todavía*. La Leyenda Negra consiguió enturbiar la fama de Felipe II, del duque de Alba y de España toda durante siglos.

Entre la abundante literatura que siguió este camino recordamos el libelo *Diógenes*, de 1581, y un título de un siglo después, que vio la luz en Amsterdam en 1673, debido a Saint-Réal, titulado *Don Carlos*, novela histórica, en el que se achaca a Alba el deseo de buscar la ruina de Isabel de Valois y del Príncipe. Finalizando el Siglo de las Luces, en 1788, Friedrich Schiller, que no sabía español, publicó su obra *Historia del levantamiento de los Países Bajos contra la dominación española*, para cuya redacción utilizó fuentes holandesas, inglesas y alemanas, y, sobre todo, la *Historia del despotismo y de las horribles crueldades de Felipe II*, obra de Luis Sebastián Mercier que se había publicado dos años antes. La delirante visión del *Don Carlos* de Schiller aún está viva en personas presuntamente cultas de todo el orbe, y sus patrañas, junto a las de

Van Meteren y el cancionero folclórico neerlandés, sirvieron al belga Carlos de Coster para narrar las aventuras de Hill Ulenspiegel, combatiente contra la opresión de los españoles y del catolicismo. La mayoría de los autores decimonónicos juzgan al duque muy severamente, como el estadounidense John Motley, que dice que tenía *monstruosos defectos y ninguna buena cualidad*, y lo tacha de avaro, taimado, cruel, vengativo y sanguinario, pero no debemos olvidar que en esa centuria se produjo un movimiento de exacerbado anticatolicismo en Europa; al independizarse Bélgica, este sentimiento unió las memorias de Felipe II y el duque de Alba, y, en general, todo lo español, con la Iglesia católica y la Inquisición. En 1876, el proceso se agudizaba, culminando las conmemoraciones del tricentenario de la pacificación de Gante con manifestaciones anticlericales, que era tanto como decir antiespañolas. Ya en la segunda mitad del siglo xx, Louis Paul Boon alcanza un enorme éxito con su novela *Het Geu-zen bock (El libro de los mendigos)*, en el que se dice que *el impío duque y la bestial Inquisición* convirtieron su país en un matadero.

En España, la situación es contradictoria, sobre todo desde el siglo XIX, cuando los liberales de nuestros pagos se sumaron al coro de descalificaciones contra Felipe II y todo lo que guardase relación con él, y sólo citaremos a un autor de tanta difusión como Pompeyo Gener, el cual escribe: *Felipe II y el duque de Alba. Dos personas distintas y una sola conciencia negra. Los dos reunidos seméjanse a la feroz estatua de Siva*. Refiriéndose concretamente a Alba, Gener continúa describiéndolo blandiendo una espada de verdugo con una mano y teniendo en la otra la llama del Santo Oficio, acusándole de padecer *furor homicida* y afirmando que su temperamento le impelía a la matanza *al por mayor*, así como que *acuchillaba en masa y arcabuceaba por pelotones*. Mientras que los autores tenidos como liberales se manifestaban en estos términos, los elementos más conservadores mantenían la visión santificadora del monarca católico y de su más destacado servidor, el Gran Duque de Alba.

Por fortuna, aunque tímidamente, comienza a abrirse paso entre los investigadores una visión más ecuánime de la figura del duque. Gustaaf Janssens, doctor en Filosofía y Letras y archivero del Palacio Real de Bruselas, publicó en 1993 un pequeño trabajo titulado *Don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, y los Países Bajos*, editado por el ministerio belga de la comunidad flamenca y la Fundación Carlos de Amberes. El autor, especialista en el asunto, amparado en un fuerte aparato bibliográfico y en investigaciones propias de primera mano, llega a la conclusión de que la cifra que habitualmente se maneja de 18.600 penas de muerte impuestas y ejecutadas por el Tribunal de la Sangre bajo la inspiración del duque no tiene ningún fundamento, y sólo puede resultar de la suma de todas las penas impuestas por este órgano: algo más de un millar de penas capitales, más las pecuniarias, las de destierro y extrañamiento. Este autor escribió: *El duque de Alba ya ha dejado de ser el coco nacional*.

Pero no han sido los historiadores los que más han difundido las mentiras de la Leyenda Negra, sino los creadores literarios y artísticos. Sirve de ejemplo la obertura de Egmont, de Beethoven, a quien en 1808 se le encargó musicar un texto de Goethe. El compositor se identifica con la lucha contra la tiranía —él, que escribió la sinfonía *Heroica* en honor de Napoleón— y la partitura se estrenó en 1810, homenaje al conde Egmont, presentado como un héroe que lucha contra España por la independencia de su país. Las amenazas contra el héroe se manifiestan en una zarabanda, danza representativa de lo español y, por tanto, del antagonista, el duque de Alba.

Poco importaba en la campaña que los argumentos empleados fuesen totalmente falsos. A las críticas acerca de las licencias históricas que se permitió, Goethe respondía que algo debía quedar a los poetas al margen de repetir lo que decían los historiadores, mientras que Verdi escribía que en su Don Carlo nada es creíble: ni el Príncipe era tan noble, ni la Reina Isabel estuvo enamorada de él, ni el marqués de Poza había existido... No importaba tanto que, además, apareciera en escena algún fantasma.

Casi desconocida es la ópera *El duque de Alba*, de Donizetti; la dejó inacabada al morir en 1848 y un sobrino quedó en poder de los manuscritos con las diferentes versiones. En 1881 se inicia un debate en la prensa italiana acerca de la conveniencia de poner en pie la obra, encargándose de culminarla a su discípulo Matteo Salvi, que compuso algunas páginas, como la romanza *Angelo casto e bel*, atribuida en numerosas ocasiones a Donizetti. La ópera se estrenó, finalmente, en 1882<sup>20</sup>.

Pasando de la música a la pintura se pueden citar multitud de ejemplos en los que está presente el Gran Duque de Alba, empezando por la representación que El Greco hizo del martirio de San Mauricio, mencionada al principio de este trabajo. No entramos en el estudio de sus retratos por Tiziano, Antonio Moro, Pierre Pourbus o Key, que, junto con el busto de Leoni, nos dan cabal idea de su aspecto físico. Hay una obra de Alonso Sánchez Coello, fechada en 1596, cuando ya hacía bastantes años que había fallecido el duque, que es muy curiosa; nos estamos refiriendo al cuadro *El banquete de los monarcas*, en el museo Narodowe, de Varsovia, en el que, de manera atemporal, Fernando aparece junto a Carlos I y la Emperatriz Isabel, Felipe II y sus dos últimas esposas, el Archiduque Ernesto, Alejandro Farnesio y Don Juan de Austria. El cuadro es una alegoría de la designación como soberanos de los Países Bajos

---

<sup>20</sup> En el teatro Apollo, de Roma, el 22 de marzo de 1882, con la soprano Abigaille Bruschi-Chiatti, el barítono Giraltoni y el tenor Julián Gayarre, cuya interpretación de *Marcelo* le dio uno de sus mayores éxitos. Se representó hasta 1887, pero desapareció de los carteles, no representándose de nuevo hasta 1951, como concierto, en Roma, y en 1959 se reconstruyó, bajo la dirección escénica de Visconti, reincorporándole el aria *Ange si pur*, que Donizetti había llevado a *La Favorita*.

de la Infanta Isabel Clara Eugenia y el Archiduque Alberto y es una prueba más de los lazos de Fernando de Toledo con la Familia Real.

Hay otros muchos ejemplos pictóricos en los que, aunque no sea el protagonista, aparece don Fernando. En la catedral de Gante se conserva un cuadro de Frans Pourbus el Viejo, Jesús y los doctores, en el que se reconoce a varios personajes de relieve de la fecha en que se pintó, 1571: Carlos V, Felipe II, el Cardenal Granvela, Calvino, y, junto a ellos, el duque de Alba y su hijo natural homónimo, Fernando.

La Reina Isabel II de Gran Bretaña es propietaria del cuadro de Brueghel el Viejo titulado *La matanza de los inocentes*, que habitualmente se encuentra en Hampton Court, cuya realización se fecha hacia 1564, representando, originalmente, el saqueo de una aldea, y en momento posterior —de imposible determinación— se repintó como la exterminación infantil ordenada por Herodes, retocando también la cabeza de uno de los verdugos para darle las facciones del duque Fernando. El cuadro, robado por las tropas suecas en Praga, pasó a las colecciones de la Reina Cristina de Suecia, comprándolo finalmente Carlos II de Inglaterra en el siglo xvii. Conocemos varias versiones de la obra, una de ellas también propiedad de la Reina inglesa, atribuida a veces a Brueghel el Joven. En el Kunsthistorisches Museum de Viena se conserva una copia antigua, en la que se reproducen igualmente los rasgos de Alba, por lo que es evidente que nos encontramos ante un éxito de la propaganda contraria al duque, al identificar a Fernando con el comandante de las fuerzas que ejecutan la matanza de los recién nacidos, ordenada por Herodes según el relato evangélico, que el pintor traslada a su tierra natal, en plena ocupación por las tropas del Rey de España.

En la línea de exaltación de valores liberales, señalamos dos cuadros historicistas del siglo XIX, de sendos artistas franceses: el primero, de Charles-Henri Pille (1844-1897), de 1865, y titulado *Juan Federico, Elector de Sajonia, en el momento en el que el duque de Alba le anuncia su condena a muerte*; el segundo, de Pierre-Antoine Labouchère (1807-1873), de 1855, representa a *Carlos V y el duque de Alba en la batalla de Mühlberg*. Un buen ejemplo de la eficacia propagandística contraria a la memoria del duque lo ofrece el pintor belga decimonónico Louis Gallait, cuya composición *El juramento de Vargas ante el duque de Alba* representa al presidente del Tribunal de la Sangre jurando ante el duque no tener conmiseración con los herejes. Se reprodujo al óleo y acuarela, en diferentes formatos que se reparten por toda Europa, desde Bruselas a Manchester. Diferente, ideológicamente, es el tratamiento que hizo Jean-Auguste-Dominique Ingres, que representó en varias ocasiones en sus obras la figura del duque: una, ejecutada entre 1815 y 1819, lo sitúa en la iglesia de Santa Gúdula de Bruselas. Otra, más importante para la icono-prosopografía del personaje, es un boceto que representa la recepción del estoque y el sombrero bendecidos por Su Santidad con ocasión de remitir Pío V a don

Fernando la Rosa de Oro. Esta obra, seguramente preparatoria de otra que no llegó a ejecutarse, encargo del XV duque, coincidente en Roma con el artista, se conserva en el museo de Montauban, adonde llegó después de la Segunda Guerra Mundial. Antes había pertenecido a Hermann Goering y a Edgar Manet.

Citaremos como último ejemplo en el campo de la pintura la obra de José Uría y Uría, fechada en 1881, *El Príncipe Don Carlos y el duque de Alba*, que reconstruye el episodio del ataque perpetrado en 1566 por el Príncipe contra el duque al conocer la designación de éste para ir a los Países Bajos. El lienzo, propiedad del museo del Prado, se encuentra depositado en la Universidad Complutense de Madrid.

Frente a los tintes sombríos de la Leyenda Negra, la memoria del duque de Alba se conserva en los ámbitos castrenses españoles con más cordialidad. En 1943 se decidió dar nombres a los tercios de la Legión española, buscándose entre los de aquellos capitanes que mandaron los Tercios de Flandes: Gran Capitán, Juan de Austria y Duque de Alba<sup>21</sup>, que luce en su guión las armas heráldicas de los Toledo y que ha participado en innumerables acciones de guerra, mantenimiento de paz y ayuda humanitaria, desde la Guerra de África de principios del siglo xx, la revolución de Asturias de 1934 y la Guerra Civil, a la campaña de Ifni-Sáhara y la operación Alfa-Bravo, ostentando numerosas condecoraciones ganadas en estos conflictos (cinco laureadas y diez Medallas Militares colectivas); la última acción notable en que participó fue el desalojo de las tropas marroquíes que habían invadido la isla de Perejil en verano de 2002. Su presencia en las procesiones de Semana Santa en diferentes puntos de España goza de gran popularidad. Fueron precisamente hombres de esta unidad quienes portaron a hombros los restos de don Fernando en la primavera de 1983, cuando se depositaron en el último sepulcro, en el templo salmantino de San Esteban.

Si es lógico que perdure hasta nuestros días un recuerdo destacado de Fernando Álvarez de Toledo en el mundo militar, no lo era menos en el ámbito cultural, en el que tiene merecido prestigio el Instituto de Investigaciones y Estudios Abulenses Gran Duque de Alba, que fomenta estas actividades concediendo premios y becas.

Pero el nombre del duque de Alba pervive en otros muchos puntos. En la toponimia urbana española reseñamos numerosas localidades, desde Madrid, Ávila y Granada, hasta Zaragoza y Cartagena, pasando por Villarrobledo, Majadahonda, Argamasilla de Alba o San Lorenzo de El Escorial, en las que hay calles, paseos y plazas consagradas a su memoria; y en Roma existe un hotel

---

<sup>21</sup> Posteriormente se creó el Alejandro Farnesio.

que se llama *Duca d'Alba*, que mantiene viva su memoria en la Ciudad Eterna, en la que entró imponiendo su voluntad al mismísimo Papa.

En otro orden de cosas, recordamos que por la expresión *duque de Alba*, según el Diccionario de la Real Academia Española, se entiende el conjunto de pilotes sujetos por un zuncho de hierro o de otra manera que se clavan en el fondo del mar en puertos y ensenadas y sirven de norayes. Es decir, un caballete de amarre. Su origen no está claro, naciendo probablemente del neerlandés *duiken* (sumergir, zambullir), que en alemán es *ducken* y, en inglés, *to duck*.<sup>22</sup> Pero también se quiere ver un recuerdo de los ahorcados en la represión.

Por último, como prueba de las resonancias que Alba tiene en cuanto a lo excelente, recordemos que ciertos productos amparan su prestigio en el del nombre del Gran Duque de Alba, y entre ellos destaca el brandy mundialmente conocido y apreciado bajo esta denominación. Igualmente se comercializa un licor bajo el nombre de *Crema de Alba*, una mezcla de ingredientes aromáticos, chocolate, vainilla y brandy.

Una reflexión historiográfica que se nos antoja curiosa acerca de los vientos cambiantes de la política para juzgar acontecimientos y personajes históricos: en la España del Pacto Ibérico (1942-1978) no era frecuente recordar la figura de quien tomó Portugal militarmente posibilitando que Felipe II ciñese su corona, episodio que no convenía mencionar ante nuestros vecinos, amigos y aliados, por lo que la figura del Gran Duque de Alba quedó muy oscurecida por la de Don Juan de Austria, al que admiraba el Almirante Carrero Blanco, autor del célebre libro *La Victoria del Cristo de Lepanto*<sup>23</sup>, y, al conmemorarse, en 1971, el IV centenario de la batalla de Lepanto, por iniciativa del entonces Vicepresidente del Gobierno, el mencionado Almirante Carrero Blanco, se concedió en diferentes ámbitos una medalla conmemorativa que ostentó, como ex marinero voluntario en la Armada española, don Luis Martínez de Irujo, duque de Alba *iure uxoris* por su matrimonio con la XVIII duquesa.

Al autor de estas líneas le preguntaron mientras las redactaba si creía que este personaje controvertido que fue el Gran Duque de Alba había sido feliz. Al margen de que resulte prácticamente imposible contestar esta pregunta sin ser el interesado, por los datos de su extensa crónica vital podemos intuir una aproximación a la cuestión planteada. Fue feliz, con seguridad, en su matrimonio con doña María Enríquez. En el resto de su existencia, bien trabajada y que le había reportado muy pocas de las satisfacciones que gratifican a los hombres

---

<sup>22</sup> En francés se dice *duc d'albe*, en inglés, *dolphin*, y, en alemán, *Dückdalbe* (o, menos común, *Duckdalbe*), utilizándose generalmente en plural: *Dückdalben*. Existe también la forma abreviada *Dalbe* o *Dalben*. El origen del término pudiera venir del neerlandés *dukdcdf*, que tiene el mismo significado.

<sup>23</sup> En esos años se rodó la película *Jeromín*, que muy poco se pareció guardaba con la obra homónima del Padre Coloma.

normales, le quedó el convencimiento de haber cumplido con su deber, de haber estado en su puesto cuando se le requirió y de haber puesto al servicio de su Dios y de sus señores naturales, Carlos V y Felipe II, sus saberes y actitudes con entera lealtad y, en muchas ocasiones, con señalados triunfos. Que estos triunfos no rindiesen a su vez cuantos beneficios hubiese sido de desear no se le puede achacar a su responsabilidad. Que adoptó decisiones duras, incluso crueles, nadie lo pondrá en duda; que le quitaron la tranquilidad y le mantuvieron en vigilia en muchas ocasiones, él mismo lo reconoció. Que no siempre acertó, a la vista queda, mas nadie puede acusarle de negligencia, ineptitud, cobardía o falta de honestidad. Como premio de los muchos servicios rendidos a los monarcas no percibió grandes recompensas, mientras que son evidentes los sinsabores que le reportaron.

Citamos como colofón unas palabras escritas hacia 1852 por el futuro Emperador Maximiliano de México, a raíz de su visita a España, siendo solamente un Archiduque austriaco segundón, y antes de su matrimonio con Carlota de Bélgica, que le llevaría a adoptar posturas liberales que le eran ajenas en el momento de redactar este texto: *¡Pobre Alba! Porque fuiste inquebrantablemente fiel a la voluntad de tu señor, porque supiste cómo aplicar las leyes fundamentales del gobierno con mano dura y cargaste sobre ti lo difícil de la tarea, por todo eso pesa sobre ti la maldición de la posteridad; pero es una maldición impuesta por plumas enemigas que la época moderna repite maquinalmente. Una maldición ante la que un alma fuerte y consciente como la tuya sonrío invulnerable. Alba es un monstruo protestante, apropiado con acierto para tragedias que rebosan libertad, y nosotros, los católicos, tenemos la noble gallardía de añadirnos al aplauso y a los silbidos, según disponga el buen tono entre nuestros enemigos... Pero contra la moda se lucha en vano, y, sobre todo, contra la moda asistida de la ignorancia.*

## **Bibliografía:**

Alonso Baquer, M., "Don Fernando Álvarez de Toledo, tercer Duque de Alba. Semblanza militar", en M.<sup>a</sup> del P. García Pinacho (ed.), *Los Álvarez de Toledo. Nobleza Viva*, Segovia, Junta de Castilla y León, 1998, págs. 91-98.

Álvarez de Toledo, F., *Epistolario del III Duque de Alba don Fernando Álvarez de Toledo*, ed. de J. Fitz-James Stuart y Falcó, Madrid, 1952, 3 vols.

Fernández Álvarez, M., *El Duque de Hierro, Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba*, Madrid, Espasa, 2007.

Fitz-James Stuart y Falcó, J., duque de Alba, "Biografía de doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba", en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, CXXI, 1947, pp. 7-39.

Janssens, G., *Don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, y los Países Bajos*, Ministerio belga de la comunidad flamenca, Bruselas, y Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 1993.

Kamen, H., *El Gran Duque de Alba, soldado de la España Imperial*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2004.

Maltby, W.S., *Alba. A Biography of Fernando Álvarez de Toledo. Third Duke of Alba, 1507-1582*, Berkeley, The University of California Press, 1983 (ed. esp. con el tít., *El Gran Duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, Madrid, Turner, 1985; reed. Madrid, Atalanta, 2007).

Mayans y Siscar, G. 2016, *Vida del gran duque de Alba*, (precedida de la correspondencia entre Mayans y el duque de Huéscar), editado por Antonio Mestre Sanchís y Pablo Pérez García, Institució Alfons el Magnànim, Arxius i Documents, 2016.

Parker, G., *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972 (trad. esp., con pról. de F. Ruiz Martín, Madrid, Revista de Occidente, 1976).

Sampedro Escolar, J.L., *La Casa de Alba, Mil años de Historia y de leyendas*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.

Sampedro Escolar, J.L., "En el V centenario del nacimiento del Gran Duque de Alba", en *Ejército*, Nº. 801, 2007, pp. 96-101.

Sáenz Abad, R., *Las Campañas del duque de Alba. De Fuenterrabía a Argel (1524-1541)*, Editorial Almena, Madrid, 2017.

Sáenz Abad, R., *Contra franceses y protestantes (la guerra total, 1542-1559)*, Editorial Almena, Madrid, 2017.

Sáenz Abad, R., *Los Países Bajos*, Editorial Almena, Madrid, 2018.

Sáenz Abad, R., *La Campaña de Portugal de 1580*. Editorial Almena, Madrid, 2019.

Sanz Hermida, J., (introd., selecc. y ed.), *Encomios para el Gran Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo*, Salamanca, Ayuntamiento de Alba de Tormes, 2007.

Schubart, H., *Arias Montano y el Duque de Alba en los Países Bajos*, Santiago de Chile-Madrid, Cruz del Sur, 1962.

Smolderen, L., *La statue du duc d'Albe a Anvers par Jacques Jonghelinck (1571)*, Bruselas, Palais des Académies, 1972.

VV. AA., *Homenaje al Gran Duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel. Ciclo de Conferencias en el IV Centenario de su muerte, 1582-1982*, Salamanca, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1983.

VV.AA., *Alba: General and Servant to the Crown*, Editorial Karwansaray, Zutphen, 2014.